Me verás caer

Mariana Travacio

Elena está sentada sobre un banco de madera, en un muelle, frente al río. El muelle es viejo, está un poco desvencijado y un poco se mueve, con el oleaje. Podríamos decir que es un muelle inestable, pero parece que a Elena no le importa esa inestabilidad, o no la percibe, o se deja acunar en ella. Elena vuelve, todas las tardes, a ese muelle, y se sienta ahí, sobre ese banco, y allí se queda, las manos firmes, aferradas a su cartera, hasta que el sol desaparece.

las afueras

Me verás caer

Mariana Travacio

Me verás caer

las afueras

Me verás caer
© Mariana Travacio, 2023
In agreement with Massie & McQuilkin Literary Agents
© de esta edición, Editorial Las afueras, 2023
Av. Diagonal, 534, 2º 2ª
08006 Barcelona

ISBN: 978-84-126426-2-9

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer
Maquetación: María O'Shea
Imagen de la cubierta: Txema Salvans: *Nice to meet you*, **2004**

Si te dicen que caí,
no vengas
a enseñarme aerodinámica revisionista.
No me cuentes de los que cayeron venciendo.
No vengas a decirme
que no crees que haya sido un accidente.
En lo único que creo es en el accidente.
Lo único que sabe hacer el universo
es derrumbarse sin ningún motivo,
es desmoronarse porque sí.
Beatriz Vignoli

Cansadas

1.

La mira comer. Se le mueve la dentadura, mientras come. Es la madre. La madre que disimula, baja los ojos, sonríe, cambia de tema. Hace como que no pasó. La hija clava la vista en su abadejo a las brasas. Piensa: se le mueven. Mientras, escucha. La madre sigue hablando, como habla siempre, pero se le mueven los dientes. Es que tuvo un accidente. La atropellaron. Le quebraron las dos muñecas. Y le aflojaron todos los dientes. Y ahora habla, como siempre, pero la dentadura es postiza. La madre sigue hablando, la hija no se concentra en lo que la madre dice. Se concentra en los dientes y advierte que, de nuevo, se mueven. Finalmente, se anima: mamá, se te mueven. La madre baja la vista. La clava en su abadejo. No dice nada. La hija: hagamos algo, ese dentista no puede dejarte eso así. La madre escarba el abadejo con el tenedor. No puede masticarlo, tampoco cortarlo: las muñecas recién soldadas, las manos sin fuerza, el abadejo no cede. Y eso que lo pidieron bien asado. Bien asado, dijeron las dos. Pero ahora el abadejo sigue sobre el plato que la madre revuelve con sus muñecas rotas. La hija: bueno, no sé, ese dentista te hizo todo mal. La madre: no hables así, el dentista es bueno, es lo que pudo hacer. La hija: pero no podés resignarte, así no podés ni comer. La madre, la vista sobre el abadejo bien cocido, el tenedor indeciso, muda. La hija busca recomponer: bueno, estás bien, mamá, no te quedaron cicatrices, vas a estar mejor. La madre: ese accidente me arruinó la vida. No camino bien; si me caigo, las manos no me atajan; no tengo dientes propios. La hija: no, mamá, estás bien. Te arreglaron las muñecas. La cicatriz de la frente ni se nota. Caminás derecha. Los dientes; ya vamos a arreglar esos dientes. Se produce un silencio, la camarera aparece, la hija pide una copa de vino. ¿Querés una copa de vino, mamá? La madre acepta: dos copas de vino, por favor. Tinto, sí. La hija vuelve al abadejo, al suyo, ladea el cuchillo, corta, separa un pedazo, lo lleva a la boca. Mastica. Muda, ella, ahora, y muda la madre, que hace de cuenta que come, aunque solo revuelva su abadejo con la punta del tenedor. La camarera viene con dos copas grandes. Parecen de cristal. Las apoya sobre la mesa. Descorcha. Pregunta: ¿quién lo prueba? Se ceden el turno, madre e hija, hasta que la madre insiste y es la hija quien lo prueba: delicioso, dice, y la camarera le sirve una copa a cada una. La madre dice: brindemos, por los buenos momentos. La hija levanta la copa, la arrima a la de su madre, por los buenos momentos, repite, y da un sorbo. El vino es ácido, apenas se deja tragar; ella traga y evita la mueca de acidez y le sonríe, a la madre, como si tragara un poco de miel. La madre traga su sorbo, a su turno, y lo hace como si se tratara de una bocanada de aire. Las dos sonríen, forzadas. Hace mucho que no conviven. Se le ocurrió a la hija, la idea: vamos, mamá, unos días, a la playa. Y la madre, enseguida: que sí. Y ahora estaban, en esa cabaña, las dos, por una semana. La madre, ejercitando ese hábito de hablar en continuado,

como si el aire necesitase rellenarse de palabras. La hija siempre cuestionándola y ahora conmovida: buscando si adentro suyo aún quedaba algo de piedad. La vuelve a mirar, le pregunta: qué hacemos, mami, otra copa o nos vamos. Otra copa, dice la madre, y la hija asiente y llama a la moza y le pide: dos copas más. Siguen bebiendo, esa noche, ahí afuera, en ese restorán de mesas afuera porque es verano. Viene la moza, con la botella, y rellena las copas, grandes, de cristal, y pregunta si retira: ¿retiro?, dice la moza. La madre busca los ojos de la hija; la hija asiente, y la camarera, entonces, retira los platos: vacío, el de la hija; con el abadejo revuelto, el de la madre. La hija repara en ese detalle: mamá no come, piensa, con esos dientes no puede, y la madre sonríe, porque, después de todo, a esa madre le importa eso: hacer de cuenta, aunque no coma.

2.

Amanecen, en la cabaña, las dos. Es una cabaña grande. Bueno, no tan grande, en realidad: es lo que consiguieron. Una suite, abajo, para la hija; otra, arriba, para la madre. Y un living, abajo también, con una cocina y un balcón. Es el espacio suficiente para que la madre y la hija sobrevivan al viaje sin tropezarse más de lo necesario. La cocina está abajo, al lado del cuarto de la hija. La madre se despierta y baja a buscar la bandeja del desayuno: la dejan todos los días en la puerta de la cabaña, del lado de afuera, sobre una mesa de madera: pequeña, blanca. La hija tiene insomnio, desde que se separó. Sabe que se va a despertar más tarde que la madre, sabe que la madre bajará, todas las mañanas, a buscar su desayuno, y sabe que lo tomará sola porque ella estará durmiendo. A la hija le da culpa que la madre desayune sola. Pero no logra despertarse temprano ni siquiera en esa semana de vacaciones. Cuando se va a dormir, la hija piensa en eso: voy a estar dormida cuando mamá se despierte. La hija sabe que no podrá hacer nada al respecto: solo podrá sentir culpa.

Esa mañana, la madre se despierta a las siete. Sabe que falta una hora para que el desayuno aparezca en la puerta de la cabaña. Decide bañarse, para hacer tiempo. Después se viste y vuelve al baño, con la dentadura en la mano. Se acuerda de la cena de anoche. Hoy quiere ponerse los dientes bien. Y que no se le muevan. Mira la dentadura, sobre la mano. Agarra el pegamento y pone los tres puntos de sostén donde le enseñó el dentista. Acá, acá y acá, le había dicho. Y ella, obediente, en esos lugares, pone, ahora, las tres gotas de pegamento. Después le habla, a la dentadura, en voz baja, como si le estuviera rezando. Le pide: hoy no te muevas. Le ruega que se encastre bien, que no le haga pasar vergüenza. La vuelve a mirar, una vez más, y pronuncia un chistido. Se desconoce. Es un chistido que sale de ella y, en ese chistido, manda a la mierda al dentista. Le agrega más pegamento a la dentadura: más puntos de sostén: tres puntos más, agrega, antes de clavársela en las encías. Se mira en el espejo: le parece que le quedó mejor. Mejor que ayer. Pone la dentadura a prueba: pronuncia unas palabras, frente al espejo. Dice: buen día, ¿cómo dormiste? Le parece que nada se movió y se le escapa una media sonrisa, algo parecido al alivio. Después se acuerda de que le cuesta pronunciar las efes y las eses: algo en el paladar, algo que sesea. Piensa. Escoge una palabra. Sísifo, pronuncia, y se vuelve a aliviar: tampoco se movió. Hoy la pegué bien, se convence, mientras mira el reloj: las siete y cuarenta y tres. Faltan diecisiete minutos. Decide esperar, en su cuarto, a que den las ocho. Se sienta, vestida, al borde de la cama, a esperar. Cuando falta un minuto, se mira en ese espejo grande que tiene a los pies de la cama: verifica que los colores hagan juego: las bermudas, la blusa, la carterita, las sandalias. Le parece que está bien y baja, entonces, a buscar el desayuno. Baja despacio, con cuidado, mirando los

escalones: no quiere tener otro accidente. Abre la puerta de la cabaña. Encuentra la bandeja. La levanta, con las muñecas rotas, como puede. Desayuna dos medialunas: son blandas, por suerte, y tiene hambre: anoche no pudo con ese abadejo, tan duro de tan cocido. Se prepara un té, con uno de los saquitos de té que trae la bandeja. Mira las tostadas: las desestima: sabe que no podrá masticarlas y ya el hambre no la llama. Cuando termina, lava la taza, acomoda lo que quedó sobre la bandeja y ya no sabe qué hacer. Mira la puerta del cuarto de la hija: ladea la cabeza, se resigna: sabe que la hija seguirá durmiendo varias horas más. Decide salir. Camina un poco, compra el diario, entra a un bar, pide un café. Lee un rato, resuelve un crucigrama, pide otro café, sigue leyendo, deja pasar la mañana. Regresa al mediodía.

Cuando entra a la cabaña, escucha un ruido en el cuarto de la hija. Asume que la hija acaba de despertarse. Contiene el impulso de golpear a la puerta, de preguntarle si ya se levantó; se sienta en el living, muda, a esperar. La hija, desde su baño, escucha ruidos: entiende que la madre ha regresado. No se apura. Sigue vistiéndose, despacio, y aun daría la sensación de que enlentece sus movimientos: se quita el traje de baño que se había puesto recién, va hasta el cuarto, elige otro, se lo prueba, tampoco le gusta, vuelve a ponerse el anterior. Sale, al fin, del cuarto. Lo que sale del cuarto es una mujer insomne de cincuenta años, con un traje de baño gastado, un bolso de playa, un sombrero en la mano y los ojos confundidos: no sabe cómo mirar cuando sale del cuarto. La madre la está esperando, perdida también, balbuceante. Se tienen miedo. Saben que tienen que cuidarse para que ese viaje no estalle. La hija no puede evitarlo: lo que quiere es desayunar en silencio, sin que le hablen. Sabe que la madre le hablará y no tiene ganas de escucharla. Se programa para no enojarse: son pocos días, se repite, tranquila, pasan rápido.

3.

No lograrán acompasarse, ese día. La hija propondrá ir a la playa: qué lindo día, dirá, ¿vamos a la playa? La madre declinará la propuesta: no me hace bien el sol, hija, me desperté muy temprano, me quedo a descansar. La hija irá sola, entonces, a la playa. El sol le resultará agobiante. Se quemará los pies, escalando el médano. Maldecirá: malditos médanos. Le parecerá una forma antigua de llegar al mar. Desde la cima del médano verá kilómetros de arena: el mar lejísimos, allá, al fondo de la postal. Caminará, los pies descalzos, quemándose, hasta el agua. Seguirá maldiciendo: ¿por qué vine descalza?, ¿qué afán salvaje me dio? Llegará a la arena húmeda, al borde del mar. Sacará del bolso una toalla. No sabrá dónde apoyarla. Ahora va y viene, con los ojos, buscando el punto exacto donde extender la toalla: no quiere mojarse, no quiere morirse de calor. Elige un punto intermedio: allí donde la arena no parece tan tórrida ni tan húmeda: en ese hipotético punto intermedio, extiende la toalla. Mira el cielo: no hay nubes, ni una sola, nada lo cubre: se siente en un desierto: un lugar ideal para morir. Extiende la toalla, deja el bolso a un costado, acuesta su cuerpo maduro sobre la superficie rugosa de la toalla; se mira las piernas y el abdomen: los músculos rendidos, la piel marchita. Maldita menopausia, murmura, mientras se tapa la cara con el sombrero de paja. Aguanta diez minutos. Transpira, se siente incómoda, no disfruta. Se quita el sombrero, se sienta sobre la toalla, se abraza a las rodillas. Ahora mira el mar: se pregunta si no le vendría bien un chapuzón. Debe estar fría, el agua: este mar está siempre frío, menea la cabeza, resignada. Pero siente demasiado calor y decide que bueno, que prueba. Se acerca a la orilla y se detiene en esos caracoles gruesos, duros, y en esa arena hecha a fragmentos de caracoles gruesos y duros: no es arena, piensa, es un proyecto de arena; esta playa todavía está en plan de fabricarse. Siente, bajo los pies, la incomodidad de ese proyecto. Entra, al agua: comprueba que está fría: sí, dice en voz alta, como si le hablara a las olas, y sigue avanzando, y ahora hace fuerza, con las rodillas, con los muslos, y mira el horizonte, y sigue, hasta que el agua le llega al pecho, y allí se detiene: se deja flotar, se hunde, deja que las olas le pasen por arriba, emerge, se hunde, emerge, siente el gusto a agua salada, se pasa la lengua por los labios, sorbe unas gotas de mar, sonríe: ya no siente frío, ahora se deja estar y juega, infantil, relajada: hace tanto que no lo hace: juega a meter la cabeza cuando viene la ola, se sumerge, la ola le pasa por arriba, emerge, toma aire, viene otra ola, estira los brazos, junta las manos, se sumerge, quiere no sentir la ola, quiere que le pase por encima, quiere nadar lejos de ese rumor, se hunde, emerge, viene otra ola, estira los brazos, junta las manos, se sumerge, nada bajo, el pecho contra la arena, se revuelca, entre los peces, escondida del mundo, traga agua, lejos de todos, se hunde.

¿Dónde está Montes?

1.

Le hubiese podido hacer sombra a Gardel, pero nunca sirvió para nada, ese alcohólico con patas, vago empedernido, maldito jugador. Y con ese me fui a casar, su voz melosa, la promesa del tango, decían, y yo, ingenua, mirándolo con mis ojos de ternero degollado, impedida de verlo todo: me arrimaba a sus hombros y me enredaban los acordes de su voz profunda, ronca, cavernosa. Idiota, yo. Y ciega. Y ahora me viene este espanto: que dónde está Montes. Y yo qué voy a saber. Debe andar por ahí, tirado en algún tugurio, abrazado a algún colchón, o debajo de algún puente, la mañana despertándolo con su luz oblicua y él con sus párpados todavía cerrados, ignorando el día, escondiendo un rato más sus ojos turbios, de borracho. Que dónde está Montes, me repite el oficial, y yo qué voy a saber, le digo ahora en voz alta, todavía a medio despertarme, los ojos arrastrados de vergüenza, de fastidio, de hartazgo, y el oficial en la puerta, y yo en mi deshabillé, todavía despabilándome, llenándome de odio, sumando coraje: qué pasó, le pregunto, por qué lo buscan; y el oficial que se retira unos pasos, y habla con el otro, y vuelve, que los voy a tener que acompañar, escucho, y les digo que me permitan cambiarme, y el oficial asiente, y yo cierro la puerta y balbuceo maldito, mientras me voy a vestir al cuarto, y cuando paso por el comedor suena el teléfono, esa baquelita negra que nunca suena, porque ya nadie nos llama, pero suena, y yo dudo, no puede estar sonando, pero sí, el timbre se repite, y yo me acerco y me quedo ahí, de pie, y no sé si quiero atender, casi seguro es el infeliz, que se metió en problemas otra vez, y me quiere dar alguna indicación, pedirme algún encargo, que le dé una mano, y no, no tengo ganas de escucharlo, sigo para el cuarto, a vestirme, dejo que el teléfono insista, solo, en la penumbra del comedor. Me doy cuenta de que no levanté las persianas, pero para qué las voy a levantar si ya me llevan los oficiales; me quito el deshabillé y me pongo lo primero que encuentro, la ropa que tenía puesta ayer, ese vestido de flores desabridas y los zapatos negros gastados y la cartera de cuero de mamá y me pinto un poco la boca y salgo del cuarto y cruzo el comedor que ahora está en silencio porque el teléfono dejó de sonar. Abro la puerta y ahí están, los oficiales, los cigarrillos colgándoles de los labios, y ellos, socarrones, con esa sonrisa hueca, mirándome, ahora vestida, pintada, con mis pocas cosas viejas y pulcras; qué miran, pienso, mientras les pregunto si nos va a tomar mucho tiempo, y me contesta el más viejo: no mucho, el comisario necesita saber algunas cosas; yo doy unos pasos, y ahora estoy en la vereda, a la intemperie, la puerta a mis espaldas: me doy vuelta y la cierro, así nomás, de un portazo, como si tuviera a quién decirle que ya vuelvo, que me espere, que no tardo mucho, y los miro, a los oficiales, y les digo que me lleven, con el comisario, a ver qué quiere.

2.

Me dejan de pie en ese pasillo de luz siempre blanca, sin que al pasillo le importe si es noche o día, porque no tiene ventanas y esa luz no cesa de irradiarlo con su blancura amorfa, y lo tiñe de frío, con su espectro estable, tan invariable y tan tenaz; escucho que se meten al despacho y le dicen, al comisario, le trajimos a la señora de Montes, está ahí afuera; pase, oigo, y enseguida emergen, del despacho, los oficiales socarrones, pase, señora, pase, y yo agarro mi cartera ajada, con las dos manos, como si esa cartera que heredé de mamá me diera algo de dignidad, como si esa cartera fuera una fortaleza, alguna clase de resguardo, como si ese gesto me permitiera borrarlo todo, todos estos años al lado de Montes, ese deterioro paulatino, lento, indefectible. Doy unos pasos hacia el despacho del comisario, que ahora tiene la puerta abierta, y entro a ese recinto de luz siempre blanca, sin día ni noche, y le digo buen día, porque yo sé que es de día, aunque ese despacho sin ventanas no sepa que la noche ya se ha acabado, que hay unos rayos de sol, allá afuera, esta mañana de otoño, y que vaya uno a saber qué pasó con Montes, en la madrugada, y entro, las manos decentes, agarradas a mi cartera, abrazadas a esas asas redondas, cortas, firmes, mis manos aferradas a esas correas de cuero como si ese jirón de cuero ajado me jurara que soy una mujer segura de sí, o de su alcurnia, y lo miro a los ojos, al comisario, y le digo buen día, comisario Fuentes, cómo le va, y él me hace un gesto, con la palma de la mano abierta, como de quien la abre al cielo, y señala el rincón del despacho, ese rincón donde está la silla, y me invita, la mano abierta, la palma al techo, a sentarme en esa silla rasgada, de gomaespuma que asoma por la rajadura, y yo hago como que me estoy sentando sobre la silla de brocado dorado que teníamos en el comedor de casa, heredada de la abuela, de cuando mis padres todavía me miraban como si yo fuera alguna clase de promesa. Pero acá estoy, sentada sobre esta silla desplumada, cuando el comisario me pregunta por Montes, que dónde está Montes, escucho, la voz endiablada, y yo me agarro de las manijas de la cartera, firmes las manos, como si no titubeara, y le digo que no sé, que cómo voy a saber dónde está Montes si hace rato que no tengo ni idea de dónde estoy yo. El comisario no me cree, se pone de pie, me increpa: que no me haga la distraída: usted sabe, me dice, y alza el puño y lo enarbola furioso, y me repite que no me haga la difícil, señora de Montes, que no me anda sobrando el tiempo, y yo lo escucho y veo el puño en el aire y me aferro aún más a mi cartera y me pongo de pie y le digo que deje, ya, de increparme, que yo no tengo nada que ver con ese maldito: hace rato que no sé nada de Montes. Y el comisario me escucha y se le desvencija el puño alzado y camina hasta la puerta y busca a los oficiales y les ordena que me encierren, en el calabozo, y que ahí me tengan, hasta que la señora recuerde dónde está Montes.

3.

El calabozo no tiene la luz blanca del pasillo ni la del despacho del comisario: tiene una luz amarilla de poca monta, una luz mortecina que apenas deja entrever el banco donde estoy sentada, y esas paredes descascaradas, enfrente, y mi propio cuerpo borroneado, en sepias: unos límites difusos en la luz macilenta, mera penumbra, y las sombras de mis manos aferradas a las correas cortas de mi cartera envejecida. No llevo tanto tiempo acá, es cierto, aunque no estoy segura. Es difícil contar las horas de encierro. El tiempo se vuelve una continuidad, un tiempo todo entero, un mismo tiempo apenas interrumpido por la arritmia de algún sonido que llega amortiguado: unos pasos al fondo del pasillo, nunca viniendo, siempre alejándose, y alguna palabra suelta que no alcanzo a distinguir, o esas voces todas juntas, que llegan rotas, y a ratos ese grito, o una voz enervada, o la risa inconfundible del comisario, o la risa finita de algún oficial que le celebra el chiste, la ocurrencia, la imbecilidad, mientras yo sigo sentada, las manos empuñadas a las asas gastadas de mi cartera de cuero, y se me viene Montes, a la cabeza, y solo me pregunto dónde andará: dónde quedó ese Montes que ahora recuerdo y que ya no está.

4.

Que salga, me dicen, y yo me desconcentro, dejo de pensar en Montes, y dirijo la mirada al oficial, que me habla, tratando de enfocarlo, desde mi penumbra; que salga, le digo, señora, que Montes ha aparecido: usted se puede ir a su casa, vamos, doña, que la llevamos. Y yo, atónita, preguntándole dónde apareció Montes, dónde lo encontraron, dónde está, y el oficial, socarrón, silenciándome: ya se va a enterar, doña, vamos, ahora, que la tenemos que llevar. Y yo me levanto del asiento, las manos confundidas en las correas cortas de mi cartera ajada, y miro al techo, por no mirarlo al oficial, y lo sigo, con la vista alzada, como me enseñó mamá, y me llevan, los oficiales socarrones, a casa, y son las tres, o las cuatro de la tarde, del día siguiente, me doy cuenta por el diario bajo la puerta, cuando llego, y abro, y lo recojo, y no les doy el gusto de despedirlos. Entro, nomás, sin mirarlos, la vista encielada, bien arriba, y sigo para adentro, y me encuentro con todo lo que dejé, intacto, sin Montes adentro, sin un Montes que haya aparecido: lo busco en la sala, en el comedor, en el dormitorio, en la cocina, Montes, dónde estás, Montes, y no, no está por ninguna parte, y miro el teléfono, esa baquelita negra silenciosa, en el centro del comedor, y reviso la casa toda, incluso miro debajo de las sábanas, por las dudas, y no: Montes no está. Me siento al borde de la cama, y apoyo la cartera sobre mi falda, y aflojo las manos, al fin; y lloro.

5.

Montes ha aparecido, me repito, mientras hiervo dos choclos, aunque podría estar hirviendo uno solo, uno para mi sola, pero hiervo dos, sin querer, por hábito, como si Montes estuviera en casa, pero no está. ¿Dónde estás, Montes, que me dicen que apareciste y no te encuentro? Los choclos hierven, en la olla, mientras miro el cielorraso de mi cocina sin Montes, sin yo misma a su lado, en esta noche de sonidos ínfimos: ese concierto de grillos, ahí afuera, y esos ladridos en eco, allá lejos, replicándose en su letanía interminable. Pero me abstraigo de esos sonidos, y me concentro en la olla, y en el silencio de esta noche sin Montes; del comisario encerrándome, sin Montes; del calabozo en penumbras, sin Montes; del teléfono de baquelita mudo, sin Montes; de la casa vacía.

6.

Amanezco odiándolo. Montes y la concha de tu madre, ¿dónde estás? Me levanto odiándolo en mi soledad y odiándome por invocarlo. Bien podrías, Montes, no aparecer más; podrías irte al mismísimo infierno y ya no volver. Eso deberías hacer, y dejarme, ya, lejos de tu recuerdo, lejos de nosotros, de nosotros desdibujándonos, año tras año, deshilachándonos, indefectiblemente, derrumbándonos, en cámara lenta, indetenibles. Pero acá estoy, entre estas paredes arruinadas, deseando, con la misma fuerza, que vuelvas y que ya no vuelvas más.

7.

Aparece Amancia, que toca timbre, y no, no la esperaba, pero le abro igual, porque es tan persistente, y tan metida, que no va a tolerar que no le abra, que no le conteste, que no le cuente: sí, Amancia, me llevaron; sí, estuve un día entero en el calabozo; sí, me dijeron que Montes había aparecido, que me podía ir; no, te digo que no ha vuelto; no, no sé nada de Montes; pero sí, tenés razón, tendría que ir a la comisaría y preguntar; sí, tendría que preguntarles: si ha vuelto, ¿dónde está, ese miserable, que acá no lo veo?

Eso la conforma, lo noto en sus ojos, que se calman, que dejan de interrogarme. Ella se silencia, un instante, y se queda mirando la pared, y yo aprovecho y, antes de que se le ocurran más preguntas, la entretengo: le repito la misma información, una y otra vez, hasta que se la aprende de memoria y eso la sacia: ya está lista para irse, está lista para repetir la historia cuantas veces quiera, a cuanto vecino se le cruce. A eso se dedica, Amancia. Y yo abro la puerta, y la despido; sacudo la mano en alto y la veo caminar hasta su casa, enfrente de la mía, y siento un alivio enorme cuando la veo entrar y decido pensar que no va a volver por dos o tres días. Y apenas bajo el brazo, escucho la olla, que hierve rabiosa, y ese olor a choclo cocido, y vuelvo, a la cocina, a apagar la hornalla, y saco, de la olla, los dos choclos, como si Montes estuviera y fuésemos a poner la mesa y a sentarnos, los dos, en el comedor. Pero no, Montes no está. Apago la hornalla y quito los choclos del agua amarilla, traslúcida, y me siento, en la cocina, a comer choclos otra vez, y mis dientes los devoran con furia, seguros de sí todavía, como de quien se come la carne del marido ebrio aparecido vaya Dios a saber dónde.

8.

No tengo ganas de volver a la comisaría. No tengo ganas de ir a preguntar por ese miserable. Llevo tres días encerrada en casa y tampoco tengo ganas de salir: no quiero cruzarme con los vecinos que a estas alturas ya estarán informados por Amancia, maldita seas, Amancia, y me obligarán a detenerme en cada esquina, a cada paso, para preguntarme amablemente si estoy bien, si necesito algo: esa falsa amabilidad de los que empiezan por ofrecer ayuda solo para después arrogarse el derecho a indagar, a hurgar en la desgracia ajena, bien a fondo, hasta cerciorarse de que las desdichas se orientan exclusivamente a la patria de los desdichados y que ellos viven en otra parte, muy lejos, a resguardo de todos los horrores, al amparo de alguna deidad que los socorre infalible y los salva de esa negrura solo destinada a los pobres desgraciados que no supieron prender una vela a tiempo, ni rezar, ni salvarse, como si la desdicha fuera un azar destinado siempre al otro.

No, no tengo ganas de salir, pero ya no tengo azúcar, ni pan, ni nada, así que me visto, a desgano, y salgo, y apenas salgo tengo la mala suerte de cruzarme con Amancia; la veo, que se me viene de frente, y apura el paso, y a medida que se acerca abre los brazos, los estira como si pudiera abrazar el mundo con ellos: así la veo venir, con los brazos abiertos, las palmas al cielo, como quien sindica una maldición inevitable que se le aproxima y no le deja más remedio que ejercitar el gesto de la compasión. Así la veo llegar, a Amancia, de frente, mientras solo quiero que algo me borre para siempre, que me elimine de la escena, pero no lo logro; Amancia ya está a mi lado: cómo has estado, mi querida, no dejo de pensarte, pobrecita, con tanta cosa. Y yo, emulándola, ensayando su misma voz resquebrajada: tranquila, mi querida, estoy bien, solo voy a comprar algunas cosas para la casa. Y advierto que mi bienestar no la complace: baja los brazos, los deja muertos, al lado de su cuerpo ahora inútil, y me despide, a su pesar, con palabras de sobra que me recomiendan descansar, que me va a hacer bien, que ya todo va a estar mejor. Le sonrío largo, con tal de que no me insista, con tal de que no me hable y se vaya, de una vez, a su casa. Lo logro, parece, porque retoma la marcha mientras sigue balbuceando unas palabras al aire, como si no hubiese terminado de rezar su rosario, y me voy alejando, camino a lo de Mario, porque ya no tengo ni un choclo, ni una papa, ni nada.

9.

Vuelvo a casa con lo indispensable y guardo todo, más calmada, porque ya no tendré que salir por unos días; la saqué liviana: me crucé con dos personas nomás, a la ida; no me interrogaron; pronunciaron palabras menores, circunstanciales, y siguieron su camino. Tuve suerte. Ahora, que acomodo mis compras en la alacena, me acuerdo de Montes y pienso que ya pasaron tres días desde que volví a casa. Si cuento el día en el calabozo, son cuatro: cuatro días sin saber nada de Montes, o solo sabiendo que me liberaron porque Montes, así dijeron, había aparecido. Si hubiera aparecido, estaría acá, en casa, conmigo, pero acá no está. No sé qué pensar. Tal vez deba darme una vuelta por la comisaría, como me sugirió Amancia, y hablar con los oficiales, o hablar con el comisario, y preguntarles que dónde está Montes, que si tanto ha aparecido por qué yo no lo veo por ninguna parte. Nadie en la calle hablando de él; nadie certificando haberlo visto, aquí o allá; nadie mencionándolo ni por error, ni siquiera esos habladores que andan inventando historias como más les place, impunemente.

Decido que sí, que ya es hora de volver a la comisaría, esta vez por mi cuenta, a preguntar, pero hace días que no me alimento bien: no puedo salir así, hambrienta; prefiero prepararme un almuerzo, comer algo, aunque no sea mucho, antes de ir a preguntar por Montes a ese lugar de oficiales socarrones. Lo más probable es que se burlen de mí, que se limiten a mandarme a casa sin decirme nada, sin responder, apenas intercambiando entre ellos esos gorjeos infelices que les salen de la garganta y que se les replican en los ojos cuando se miran cómplices: el chiste chabacano escapándoseles por los lagrimales; sí, es lo más probable: que me ignoren y que les importe un bledo que Montes no aparezca y que yo me haya tomado la absurda molestia de ir a preguntar por él. Empiezo a sentirme idiota. A quién se le ocurre ir a preguntar por Montes a la comisaría. Solo se le puede ocurrir a la descerebrada de Amancia, pobre ángel, nació así, con las neuronas atiborradas de comadreos seculares, arrastrados a su sangre desde la sangre de sus antepasados dedicados en exclusiva a las habladurías: esa multiplicación de historias concebidas solo por ociosos que no tienen nada mejor que hacer: mirar al vecino y compadecerse y completarle la desdicha sumándole la mirada insidiosa, con tal de sentirse a salvo. Maldita Amancia, qué idea estúpida tuviste: aconsejarme que fuera a preguntar a la comisaría. Y yo casi caigo en ese sinsentido. Debo andar aturdida. Tengo que recuperarme. Tengo que pensar tranquila. Calmate, Elena, me digo, mientras entro a la ducha a ver si el agua me ayuda a pensar.

10.

Salgo del agua con las ideas infinitamente más claras. Ya sé lo que tengo que hacer. No voy a ir a la comisaría. Tengo que vender todo e irme a otra parte, olvidarme de este sinsabor de treinta años. ¿Treinta? No, treintaidós. Tengo que dejar atrás este sinsabor de treintaidós años: eso tengo que hacer. Y decido venderlo todo. Voy a pintar un cartel: Elena Márquez de Montes, arriba, en letras cursivas, grandes, doradas, y abajo, en rojo, en letras de imprenta, vende. Eso voy a pintar. Y voy a sacar todo a la vereda. Y me voy a hacer la pobrecita frente a la imbécil de Amancia: que me tiene que ayudar, eso le voy a decir, que me tiene que dar una mano, que no me queda otra que venderlo todo, que no tengo ni para comer, que me ayude, nomás, ya que tanto le gusta.

Salgo del agua con las ideas claras, la decisión tomada, y me voy derecho al almacén de Remigio: pintura dorada, le pido, y también roja. Remigio me mira azorado: que se me dio por pintar, le explico, y veo que me sonríe, y se va para adentro. Lo veo volver con unas latas en las manos. Me dice que dorado no tiene: no tengo dorado, Elena, pero puedo ofrecerle negro, y rojo. Yo acepto. Me entrega dos latas pequeñas y me sonríe cómplice, me guiña un ojo; me doy cuenta de que no debo mentirle: enseguida va a saber que compré las pinturas para vender las cosas: se va a enterar de que no pinto paisajes ni retratos ni naturalezas muertas. Decido aclararle, antes de despedirme: no vaya a creer que soy una artista; las necesito para pintar un cartel, nomás.

11.

Busco en el ropero. Encuentro una caja grande, de cartón. Es la caja de mi vestido de novia. Era un vestido lleno de perlas y de puntillas y de flores hilvanadas. Ahora es un trapo amarillo, inservible. Pero la caja me sirve: es una caja enorme. Voy a buscar la tijera a la cocina, la tijera de cortar pollo. Con esa tijera corto la caja de cartón. La corto a conciencia, lo más prolijamente que puedo; me esmero: me queda un rectángulo grande, muy grande, me sirve para pintar mi nombre: me sirve para contar que voy a venderlo todo. Voy a vender a Montes y toda mi historia con Montes y mis años con Montes: voy a vender mi vida con Montes. Ahora que lo pienso: podría lavar mi vestido de novia, blanquearlo y venderlo, también. No es mala idea. Lo voy a hacer. Agarro el vestido y lo llevo al lavadero. Lo meto en la pileta, abro la canilla; lo dejo remojarse: le tiro lavandina, le tiro jabón en polvo. Veo el chorro de agua, que cae, sobre las puntillas, sobre las perlas, sobre la tela amarilleada. Veo la espuma que se hace con el jabón que sigo tirando sin miramientos. Se llena de espuma, la pileta. Ya no veo el vestido, veo mucha espuma que sobresale, y cae, y me moja los pies, y el piso, y lo inunda todo. Ahora bailo en la espuma, como bailaba aquella noche, cuando me casé con Montes y él era la promesa del tango y yo era la promesa de mi familia de enjundia. Nos casamos tan sonrientes que no hay foto en la que no tengamos los labios estirados de felicidad. Las bocas se nos ensanchaban todo lo que podían y, aun así, no llegaban a abarcar tanta ilusión. Yo, con ese vestido de perlas bordadas; él, con su voz melosa y esos jazmines en el ojal. Y yo lo miraba embobada. Pero acá estamos, sin saber dónde está Montes, mientras lavo mi vestido de novia, porque quiero venderlo todo y salirme de este pueblo de inquinas. Me quiero ir, Montes. Y me voy a ir, me digo, mientras veo la espuma que cae, y me moja, desde mi vestido de novia, los pies desnudos.

12.

Cuelgo el vestido, lo dejo chorrear: que se seque, que me muestre la blancura que supo tener: mostrame tu blancura, le digo, mientras mis brazos lo cuelgan y él chorrea, solito, su pena amarillenta de foto antigua. Dale, le digo, relucí tu promesa nívea, tu futuro. Y él no me dice nada, apenas cuelga, del barral, y me chorrea su llanto de agua, que ahora gotea, monótono, sobre las baldosas, mientras voy a buscar un pincel. Doy unos pasos decididos, pero enseguida me digo: Elena, de dónde vas a sacar un pincel si acá no hay pinceles. Me pongo a pensar y decido que sí, que tengo un pincel: tengo el pincel de la tintura. Voy al baño, a buscarlo, y lo encuentro. El mango de madera clara, las cerdas negras. Lo enarbolo como el comisario enarbolaba su puño: acá lo tenés, Elena, acá tenés el pincel. Salgo del baño entusiasmada y voy a buscar las latas de pintura que me dio Remigio. Las abro, con el cuchillo, y las miro. Negro. Y rojo. Traigo el cartón recortado, de caja de novia, y lo apoyo en el piso. Agarro el pincel de tintura, lo remojo en la lata de tinta negra: lo remojo bien: dejo que las cerdas se embeban de pintura. Lo saco, y lo miro chorrear, sobre la lata, y espero, un rato, a que abandone sus excesos, y cuando veo que queda el negro necesario, lo llevo arriba del cartón y empiezo a escribir mi nombre, en letras cursivas, como me enseñaron en la escuela, con esas mayúsculas arabescas, oblicuas, llenas de rulos, como de título que anuncia algo importante. Pero ahí solo va mi nombre: me esfuerzo por dibujarlo estilizado, algo suntuoso, como si quisiera retener el título de un linaje que perdí quién sabe cuándo. Me resigno, y escribo, en negro, mi nombre entero, y me sale empastado, aunque me empeñe con el pincel, poniéndolo en diagonal para que la letra salga más fina: o más elegante. Pero no lo logro. Elena Márquez de Montes, leo, ahora, sobre la tapa de caja de novia, en letras toscas. Ocupo todo el ancho del cartón, con mi nombre, y queda demasiado grande, pero no me importa. Ahora enjuago el pincel, como si me hubiese teñido los pelos de negro; lo remojo en el agua: lo lavo bien, y cambio el agua de la olla, y lo vuelvo a lavar, dos veces más, hasta que no deja rastros, o deja, pero pocos, una pobre estela gris, insignificante, y entonces sí, lo remojo en el rojo rabioso de la otra lata, y escribo, bien grande, en imprenta mayúscula, todo a lo largo de mi nombre: vende.

13.

Ahora se secan, el vestido y el cartel, cada uno en su sitio, mientras me pongo a pensar en la lista de cosas que quiero vender. En realidad, quiero venderlo todo, me doy cuenta. Hasta el último alfiler. Eso quiero: deshacerme de todo, olvidarme de todo. No sé por dónde empezar. Quizás me convenga empezar por la ropa. Eso me pregunto. ¿Será preferible empezar por la ropa? No lo sé. Creo que sí, que mejor empezar por la ropa, los adornos, las fotos: cosas pequeñas, maleables. Si vendo eso, primero, después me puedo dedicar a los objetos más grandes: los muebles del comedor, la heladera, la cama. Ahora que lo pienso, debería dejar las sábanas y el colchón para el final: así tengo dónde apoyar mis huesos antes de irme de acá. Porque me voy a ir, Montes, y no va a quedar rastro de nosotros en este pueblo. Voy a vender hasta las fotos de cuando cantabas con Julio Sosa. ¿Te acordás de esas fotos? Estaban autografiadas. Las voy a buscar. Y las voy a vender. Quizás alguna vecina haya suspirado por vos, allá, cuando era joven, y quizás quiera pagar unos pesos por tenerte adentro de un portarretratos, sobre la cómoda de su cuarto, o en el comedor, para mirarte y recordar sus suspiros de adolescente, cuando vos cantabas y eras la promesa del tango y ella se consumía en vos. Y, acaso, una vez que compre la foto, pueda mentirle a alguna sobrina, o a alguna nieta, y decirle que tuvo un novio famoso, que alguna vez la quiso y le regaló ese retrato. Voy a empezar por vos, Montes. Voy a empezar por vender tu ropa y tus fotos. Y tus calzoncillos. Debo tener calzoncillos tuyos de todas las épocas. No es mala idea: vendo los calzoncillos de la promesa del tango. Alguien los va a querer. Ahora que lo pienso: voy a necesitar más cartones, tendré que hacer muchos carteles. Voy a sacar todo a la calle, en cajas, para que compren los vecinos. Se va a armar flor de revuelo. Me van a hacer preguntas. No me importa. Que pasen los vecinos de este pueblo atorado y que me pregunten qué vendo. Les diré que vendo nuestra historia fallida.

14.

Vuelvo, a lo de Remigio, a comprar un pincel como la gente, y unos cartones, y mientras voy yendo tengo la mala suerte de cruzarme con Amancia. Esa mujer debe vivir en la calle, mirándolo todo, hurgando, molestando, acechando. Eso es Amancia: un acecho vivo. Y tengo esa desgracia: me la cruzo mientras voy a lo de Remigio, a buscar mis cartones, y mi pincel. Pero ya me tiene cansada y me ahorro el reparo: qué tal, querida, buenas tardes, ¿cómo estás? Y antes de que me martirice, antes de que venga con su insidia melosa de mujer correcta que se impone ayudar al prójimo, me limito a decirle: te voy a invitar, mañana, o pasado, a tomar el té; se lo digo altiva, segura de mí, tan decidida que mamá estaría orgullosa: te aviso mañana, Amancia querida, voy a necesitar tu ayuda. Y Amancia se queda perpleja, azorada por mi iniciativa, y quiere preguntármelo todo, ahora, ya mismo, porque la curiosidad se le desata en los ojos, y en el cuerpo, y le resulta incontenible, y yo me divierto: tengo que dejarte, querida, ando apurada, pero mañana nos vemos, o pasado, ya te diré; y sigo mi camino: la saludo de espaldas, la mano en alto, como una princesa en su carruaje, y la dejo sola, muda, aguantándose las ganas de insidiarme.

15.

Vuelvo de lo de Remigio con mis cartones y mi pincel y otra lata de pintura. Negra. No tenía rojo, hoy. Voy a poder pintar todos los carteles que quiera, Montes. Todos los que me hagan falta. No voy a dejar nada: ni un plato, ni una sábana, ni un zapato, ni un par de medias agujereadas, ni un recuerdo. No voy a dejar nada en pie. Voy a pulverizar cada rastro. A lo sumo quedarán tus fechorías, en la memoria de la gente. Pero es todo lo que va a quedar. Una narrativa de tu vida, hecha a la medida de cada quien, con lo que cada uno quiera contar: sus propias invenciones, sus propias fabulaciones febriles, esas fantochadas que les gusta fabricar con las meras hilachas de los demás. Nunca se sabrá la verdad. Quedarán solo esquirlas. Me voy a ocupar de esparcir tus objetos, de vendérselos al mejor postor. Tus cosas, desmembradas, no serán más que pruebas fragmentarias, incluso sospechosas, de tu existencia: un calzoncillo pudo pertenecer a otro hombre, no tiene por qué haber sido tuyo. Eso es todo lo que quedará. Una foto autografiada, una taza de café, un calzón, una cama desvencijada y, acaso, algún recuerdo inventado por la memoria de un viejo frágil o de una mujer moribunda. Poca cosa.

Rosas buenas

Todo lo que ella busca, en realidad, es alejarse del reproche de sus amigas, las que le dicen que está sola porque quiere, porque no sale de su casa, desde que enviudó; que ya basta de tanta soledad, le dicen; que se pasee un poco, que busque compañía, que deje de estarse sola, que basta ya, Blanca Nieves, le repiten; y ella, esa tarde, cuando recibe la invitación, por primera vez, no la desestima: contempla la posibilidad de asistir a ese cóctel. Lo organiza todos los años una mujer que no llega a ser su amiga, que es más bien una ex amiga, una mujer con la que alguna vez tuvo un vínculo parecido a la amistad pero que los años se encargaron de desdibujar hasta convertirlo en el simulacro que es hoy: un vínculo que apenas se sostiene en los saludos recíprocos que se prodigan para los cumpleaños y en esta invitación anual que ella soslaya indefectiblemente. Pero, en esta oportunidad, ya cansada no solo del reproche de sus amigas sino de ella misma y de su propia amargura, no descarta la posibilidad de asistir. Por el momento, solo sostiene en su mano la invitación que acaba de llegar por correo y pasea sus ojos marrones sobre las letras inclinadas que la invitan al cóctel del once de diciembre a las diecinueve horas y, mientras lee y relee las letras oblicuas de la tarjeta blanca que ahora sostiene más cerca de sus ojos, se dice: dale, no perdés nada, qué te cuesta salir un poco, dale, se repite, todavía con la invitación en la mano, y logra arrancarle al rictus de amargura de sus labios jubilados una mueca que no se parece en nada a una sonrisa pero que a ella le llega traducida en sonrisa y cree que, de verdad, está sonriendo de alegría, o de ilusión, o de ganas de buscar alguna ropa que le guste, para lucir esa noche, y verse bien, y tratar de agradar a algún otro que también se acerque al cóctel acaso con la misma expectativa de encontrar un poco de compañía, o de salir del ostracismo, o de dejar atrás tanta clausura. Apoya, después, la tarjeta blanca de letras inclinadas sobre la mesa del comedor y se dirige a su cuarto y abre el armario de cedro y se pone a analizar si todavía tiene alguna ropa que le pueda servir o si debería ir a comprarse algo nuevo, algo que fuera adecuado para la ocasión. Abre, con ojos renovados, el armario de su casona de San Isidro, esa casa que se le viene derrumbando, empedernida, refractaria a sus intentos por mantenerla como estaba cuando él vivía: sin humedades, sin grietas, con las ventanas limpias y los manteles aireados. Abre el armario con ojos frescos: con ganas de mirar. Y mira, entonces. Y se encuentra con vestidos comprados en viajes de hace décadas, cuando ella y él estaban bien, y se llevaban bien, y viajaban, y él la animaba: que se comprara más y más vestidos. Y ella lo complacía: se compraba vestidos, y zapatos, y carteras, y más vestidos. Y ahora los mira, esta tarde de soledades indeclinables, y los encuentra alicaídos, un poco antiguos, algo gastados,

descoloridos. Pero, igual, como también es una tarde de deseos renovados, los mira con cariño y los va sacando, uno a uno, del armario, y los apoya, con toda parsimonia, sobre el edredón de su cama enviudada. Va eligiendo, esa tarde, algunos: los que le parecen más sensuales, más livianos, más cortos. Cuando termina la faena se encuentra con cinco vestidos, sobre la cama. Los mira bien: los ha usado hasta el hartazgo y recuerda perfectamente, ahora, cuándo los compró. Se acuerda especialmente del vestido rojo: comprado en Roma, estrenado en Roma, aquella noche: él que le regalaba un ramo de rosas amarillas y ella tan enojada. No hubo Cristo que remontara la noche. Y ahora mira ese vestido y un poco se arrepiente. Se arrepiente con el recuerdo dormido: no era para tanto, piensa ahora, bien podrías no haberte enojado de esa manera, así, de esa manera irremontable. Hace un chistido y lo recoge de la cama y se lo apoya sobre el cuerpo abandonado. Se mira en el espejo. Mira ese rojo carmín, furibundo, y se mira el rostro apático y se dice que no: vas a parecer un payaso, no vas a ir así. Lo tira sobre la cama, enojada, y recoge el vestido verde, ese que compró en París. Recuerda, también, que lo compró con cierta ilusión: esa noche iban a celebrar su aniversario de bodas, pero discutieron, camino al restaurante, por alguna razón que ya no recuerda, y terminaron cenando en silencio, con dagas en los ojos, atragantándose la comida en sus bocas crucificadas. Vuelve a pensar que no valía la pena tanta reyerta inconducente. Vuelve a chistar y deja el vestido verde sobre la cama. Repite la operación con el vestido gris perla, y el negro, y el azul. Chista y rechista, esa tarde, y los labios se le arrugan, se fruncen, se amargan. Soslaya el mal momento, los malos recuerdos, y vuelve a colgar la ropa en su armario de cedro. Se hace de noche. Ella elige no pensar. Va a la cocina, se prepara una ensalada, elude los rituales: no tiende la mesa: cena de pie y se va a dormir. Se despierta curiosamente alentada. No recuerda pesadillas ni sueños hostiles. Se despierta liviana y va, en esa duermevela agradable, hasta la cocina. Se prepara un café y piensa en su amiga, Ofelia. Es la amiga con la que siente más afinidad. Decide llamarla, a media mañana. Quiere contarle la idea que tuvo; quiere preguntarle si le parece apropiado alguno de sus vestidos o si cree, por el contrario, que debería comprarse uno nuevo. Es sábado y Ofelia acude, esa tarde, a dar su veredicto. Ella se prueba los vestidos, uno a uno, mientras Ofelia le pide que camine, que desfile, que gire, que baile. Terminan eligiendo un vestido negro, a la rodilla, sobrio, con mangas ajustadas, hasta el codo. Eligen un collar de perlas y unos zapatos en punta, de tacos finos, no muy altos. Las amigas conversan, se ríen, beben un té y, más tarde, con el alivio de la tarea cumplida, descorchan un vino y beben unas copas antes de despedirse. Esa noche, Blanca Nieves se va a dormir animada. Se acuesta contando los días que faltan para el evento: cuatro, apenas. En los días subsiguientes, se sorprende cantando, eligiendo el peinado, pidiéndole un turno a la manicura, cantando de nuevo, hablando con sus amigas, contándoles que, finalmente, ha decidido asistir al cóctel.

Llega el día. Algo nerviosa, con tiempo de sobra, se baña, se viste, recibe a la

peinadora: le pide ese peinado a medio recoger que había visto en una revista de modas. Despide a la peinadora, se perfuma y se sienta en el comedor. Decide esperar un poco, no quiere llegar primera. Deja pasar diez minutos. Pide un taxi.

El cóctel se sigue haciendo en el Club Francés, como todos los años. Apenas llega, la detiene el fotógrafo. A su ex amiga, ahora anfitriona, le gusta sacarse una foto con cada invitado y, en ese momento, ella se siente acogida, recibida, bienvenida: se siente importante. Pero apenas el fotógrafo dispara las tres fotos de rigor, como lo hace con cada invitado, ya la anfitriona clava la vista en el siguiente, extiende sus manos, lo invita a fotografiarse con ella, lo abraza, como si fuera el único, el más importante: le toma la mano, se la acaricia, la palmea un rato, y lo mira a los ojos y le sonríe y balbucea unas palabras gastadas de agradecimiento mientras el fotógrafo capta el instante y asiente y, entonces, ella deja desvanecer el saludo, y mira al siguiente, y le extiende sus manos, y lo acoge, y recomienza la ceremonia de la recepción. Y así, unos tras otros, van ingresando al inmenso salón del Club Francés: se amontonan bajo esos techos altísimos de molduras replicadas, se pavonean entre las columnas redondas, blancas, rodeadas de mozos que sostienen bandejas de copas, y de canapés. Blanca Nieves ingresa al salón y se atolondra un poco. Ahora se da cuenta: no ha llevado compañía y no está segura de encontrar un solo rostro conocido. Le ofrecen una copa de champagne. Ella la acepta y se encuentra de pie, sola, con esa copa, en ese recinto, recriminándose. Se siente en la periferia de una colmena. Se reprocha. Para qué vine, se pregunta, mientras no sabe si caminar con la copa en la mano, como pretendiendo que se dirige a saludar a alguien que cree reconocer a la distancia, o si quedarse quieta, en algún rincón, apoyada en alguna columna, y dedicarse a mirar los atuendos de los demás o a escuchar el murmullo incesante que ahora va en aumento, minuto a minuto, con la llegada de más y más invitados que zumban y zumban. Se dedica a contarlos: calcula más de doscientos. Mira hacia la puerta y ve que su ex amiga sigue allí, de pie, recibiendo a los rezagados, fotografiándolos, sonriéndoles. Blanca Nieves no puede dejar de reprocharse la mala idea de haber ido: siente unas ganas irrefrenables de abandonar ese sitio insensato. Primero piensa que no es educado retirarse tan pronto, pero enseguida se le ocurre que nadie lo notará: hay tanta gente, acá, quién lo va a notar, se dice. Decide ir al baño, primero. Apoya la copa vacía en una mesa repleta de copas vacías y le pregunta a un mozo dónde quedan los baños. El mozo le responde con una amabilidad desmedida y una sonrisa de dientes violentos, recién estrenados. Ella se reprocha su mal humor, sus indecisiones, su quietud. Se dirige al baño, que está en la otra punta, mientras atraviesa enjambres de abogados, de contadores, de actrices y de artistas que ríen, y hablan, y solo acrecientan el murmullo uniforme que se replica contra los techos altísimos del Club Francés. Se promete que sale del baño y bebe otra copa y pide un taxi y se va. Y eso hace. Sale del baño y busca, con la vista, una de las mesas de bebidas. Identifica una, contra el ventanal que da a las escalinatas del jardín. Hacia allí se dirige. Llega resuelta a agarrar, de la

mesa, una de las copas ya servidas, cuando ve que un hombre, que está a su lado, ya tiene dos copas en la mano y le entrega una, ágil: la invita a brindar. Ella corrige, rápido, el movimiento que había iniciado para tomar su propia copa de la mesa: detiene el brazo, en el aire, y lo gira, y la mano se acerca a la copa que ese hombre viene de ofrecerle, y la agarra, y sonríe, atónita, todavía reponiéndose de su propia conmoción, y choca su copa con la del desconocido que ahora le sonríe desde unos labios rojísimos. El hombre tiene ojos negros y viste un traje costoso, de seda, pero ella no repara en el traje: queda prendada de la sonrisa roja y del gesto, sobre todo del gesto: ese gesto de acercarle una copa. Y en ese estupor se encuentra cuando escucha que él la invita a salir del recinto, a cruzar el ventanal, a sentarse en las escalinatas que dan al jardín. Ella acepta. Encantada, le dice, y salen, y se sientan en las escalinatas, y beben. Él le pregunta que de dónde conoce a la anfitriona y ella exagera: que son amigas, le dice, de la secundaria. Él le cuenta que es abogado, que conoce a la anfitriona de algunos asuntos que llevaron juntos. Blanca Nieves le cree: sabe que su amiga invita al cóctel a todo el que haya compartido con ella una actividad cualquiera, social o laboral. Esa noche, ellos comparten dos copas más y luego ella se excusa y él le pide el teléfono y a ella se le escapa una risita nerviosa y revolea los ojos al cielo y él le entrega una tarjeta personal, con su nombre, y ella lee: Dr. Joaquín Laplacette, y se ruboriza y lo mira y le da, entonces, su teléfono, y él promete llamarla: que le gustaría invitarla a cenar, le dice.

Blanca Nieves vuelve a su casa caminando entre nubes, estremecida. Apenas llega, mira el reloj: las diez de la noche, pasadas. Le parece que no es tarde y decide llamar a Ofelia: le cuenta. Le cuenta que ya se iba, en realidad, que se sentía perdida entre esa muchedumbre de desconocidos, cuando sucede el imprevisto: ese hombre, las copas, el brindis, la charla, la promesa de una invitación. La amiga la escucha, atenta, y se ríe con ella: viste, tonta, que estabas preciosa con ese vestido negro; qué alegría, le dice. Después cortan y Blanca Nieves se desviste y pone música mientras elige un camisón: busca uno que tenía al fondo de un cajón: un camisón de seda blanco, largo. Lo encuentra y decide que sí, que es el camisón adecuado para ese momento, y se pone a bailar un jazz, primero, y un blues, después, y levanta los pies, los arrastra, los acompasa, se ríe sola, y le cuesta, esa noche, el alma alborozada, conciliar el sueño. Da vueltas, en la cama, la sonrisa inamovible: la boca no se le cierra con nada. Toma un ansiolítico, finalmente, y se duerme.

Él demora varios días en llamarla. Ella atraviesa distintos estados de ánimo durante esos días: a ratos se piensa ingenua por haber creído que él iba a llamarla; a ratos se consuela y piensa que no debe impacientarse, que ya la llamará. Va por el cuarto día de espera. A veces se sienta con la tarjeta del Dr. Laplacette en las manos. Se sienta en el sillón y le dan ganas de llamarlo, pero se aguanta. Resiste, sentada, mientras juega con la tarjeta, la huele, la apoya en la mesa, la vuelve a agarrar. A veces repite su nombre en voz alta, Dr. Laplacette, repite, sílaba a

sílaba, como si ese gesto lo invocara: lo alentara a llamarla más pronto, lo antes posible, para hacerle saber cuánto se había estremecido al conocerla.

El llamado llega, finalmente. Llega al séptimo día: es jueves, otra vez. Ella atiende, nerviosa, se hace la distraída, lo escucha. Él le dice unas palabras amables: que no ha podido dejar de pensar en ella, que ha tenido que viajar, por negocios, pero que ha vuelto y que se sentiría muy afortunado si ella le concediese la dicha de cenar con él. Ella emite unos gorjeos nerviosos, meras interjecciones, al otro lado de la línea, mientras sigue escuchando la voz melosa que la invita, el sábado, a cenar. En Puerto Madero. Que la puede pasar a buscar a las nueve, si le parece bien. Y así quedan. Y, apenas se despiden, ella se pone de pie y hace como que baila, se agarra la pollera, y la agita, como en estreno de algo, y vuelve a girar, y gira, y gira, y un poco se marea y entonces se detiene y no duda en llamar a su amiga. Quiere contarle que él la llamó, que la invitó. Quiere pedirle que le haga el favor de venir, otra vez, a asesorarla con el vestuario: una manera de pedirle que venga a acompañarla, a alentarla. Viene, Ofelia, al día siguiente. Es viernes, hace calor, son las cinco de una tarde que parece verano. Blanca Nieves la recibe con una limonada y se sientan, las dos, a conversar. Ofelia le pregunta cada detalle con fervor adolescente: quién es, cómo es, a qué se dedica. Blanca Nieves le va contestando, a puro júbilo, y al rato baja la vista, como si quisiera ocultar una parte de su alegría, como si le diera un poco de pudor tanta festividad. Pero al cabo se levantan, las amigas, de la mesa, y van al dormitorio, a que Blanca Nieves se pruebe, otra vez, los vestidos. Ofelia quiere convencerla: el mejor, sin dudas, es el verde. Es elegante, le dice, realza tu silueta: es el vestido perfecto para una cena a la vera del río. Pero Blanca Nieves duda: no sé si cambiar de color, le dice, a él le gustó mi vestido negro; mirá si cambio y dejo de gustarle. Ofelia le discute: no seas ridícula, no le gustaste por el color del vestido, solo a vos se te ocurre eso, estás loca. Ese vestido es el mejor, le insiste, y acaba por convencerla. Después se dedican a elegir los zapatos, la cartera, los accesorios. Cuando tienen el vestuario resuelto, Ofelia se excusa y Blanca Nieves la despide, agradecida, en la puerta, la mano en alto, la sonrisa a medio camino entre la alegría y el cansancio.

Dedica el sábado entero a replicar los ejercicios previos al cóctel: va a la manicura, se baña, se viste, recibe a la peinadora, se perfuma, se sienta, espera. Son las ocho y cincuenta y ella está lista. Faltan diez minutos para que el Dr. Laplacette pase a buscarla.

Son las nueve. Las nueve y uno. Las nueve y dos. Las nueve y tres. Suena el timbre. Ella sonríe agradecida, o aliviada: había empezado a recordar las impuntualidades consuetudinarias de su esposo. Va hasta la puerta, abre, lo ve de pie, con un interminable ramo de rosas en las manos. Se sonríen, a la distancia, y él enseguida se acerca, y le entrega las rosas, y le ofrece el brazo, y la lleva hasta el auto, y espera a que ella se acomode, y le cierra la puerta, y da la vuelta, sin quitarle los ojos de encima y, cuando él entra, ella siente ese perfume seco, viril, y le mira las manos decididas, y la camisa tan blanca, y los labios carmín que se

vuelven rojo oscuro en la noche del auto, y cree que se le va a saltar el corazón del vestido verde que le hizo poner la amiga.

Apenas llegan, un joven se ocupa de estacionar el auto; él le da el brazo, otra vez, y la lleva hasta la mesa que pidió. Cruzan el salón de luces tenues, lleno de velas y de flores, y salen al jardín que está a la vera del río. Allí hay una mesa reservada a nombre del Dr. Laplacette. La mesa tiene velas y pétalos de rosas rojas esparcidos sobre el mantel blanco. Así la pidió, el Dr. Laplacette, para esa noche. Ella mira los pétalos y le agradece el gesto, los ojos ilusionados, y se acuerda del ramo de rosas. Le pregunta si no es conveniente ir a buscar las flores: quedaron en el auto, habría que ponerlas en agua. Él le contesta que no es necesario: son rosas buenas, van a sobrevivir. Ella se relaja, le sonríe, balbucea algo; él le devuelve la sonrisa, la mira a los ojos, le acerca la silla.

Esa noche cenarán a la luz de las velas y mirarán las luces blancas, a veces azules, que el río calmo de esa noche reflejará sobre su superficie. Hablarán, y se reirán, y sonreirán más y más. Beberán champagne. Cenarán como reyes. Pedirán el postre. Él se excusará, entonces: dirá que va un minuto al baño, que ya vuelve. Ella se quedará mirando el río y las luces trémulas que el agua seguirá reflejando y mirará, también, todavía admirada, los pétalos de rosas esparcidos sobre el mantel. Unos minutos después, llegará el postre: unas frutillas a la crema, para ella; una copa helada, para él. Pasarán algunos minutos más. Ella se inquietará, dudará. No sabrá si empezar el postre o si esperarlo. Decidirá esperar. Esperará. Dos minutos. Tres. Cinco. Desviará su mirada del río y de los pétalos que yacen sobre la mesa y la detendrá sobre la copa helada. Advertirá que se está derritiendo, lentamente, mientras el Dr. Laplacette sigue en el baño.

Llamará al mozo. Le hará notar el postre derretido. Le pedirá que tenga la amabilidad de ir a fijarse si el Dr. Laplacette se ha descompuesto. El mozo acudirá, solícito. Ingresará al recinto revestido de mármoles, repleto de mingitorios y de lavabos y de espejos biselados. Interrogará al aire: Dr. Laplacette, ¿se encuentra usted acá?, Dr. Laplacette, ¿se siente bien? Nadie responderá. Regresará, desconcertado, a la mesa. Advertirá que la señora no ha tocado una frutilla y que la copa luce completamente derretida. La mirará con ojos afligidos: que el doctor no se encuentra en los baños del establecimiento. Lamentablemente, agregará. Los labios de ella se cerrarán, otra vez, en ese rictus de amargura que se le instala con la familiaridad del hábito. Ella se limitará a pedirle la cuenta, lo más estoicamente que pueda, mirándolo como si fuera lo más natural del mundo estar allí sentada, a la vera del dique, entre pétalos y velas, esperando que un hombre salga del baño. El mozo, otra vez solícito, le dirá que ya mismo, que ya se la trae, enseguida. Mientras espera, ella se morderá los labios, los fruncirá, los moverá imperceptiblemente, a un lado y al otro, y revoleará los ojos, arriba y abajo, sin detenerlos en ninguna parte. Siete minutos más tarde, el mozo regresará con la cuenta. Ella manoteará la cartera, para pagar. Manoteará una y otra vez el respaldo de su silla. Manoteará en vano: la cartera ya no estará allí, donde la

había dejado. Se pondrá de pie, confundida. El mozo acompasará sus movimientos a los de ella. Mirarán debajo del asiento, y debajo de la mesa, y constatarán, juntos, que la cartera, en efecto, no está allí. El mozo advertirá que Blanca Nieves está a punto de desvanecerse. Correrá, comedido. La abanicará, le traerá un vaso con agua fresca. Ella pedirá retirarse: que si le pueden llamar un taxi, por favor. El mozo irá a hablar con el encargado del establecimiento. El encargado se acercará a la mesa. Le explicará que lo siente, pero que ella no puede retirarse sin pagar la cuenta. Ella lo mirará azorada y le pedirá, entonces, que tenga a bien llamar a su hermana. La acompañarán a la caja. Le prestarán un teléfono. Ella balbuceará la situación, avergonzada. La hermana tardará en comprender que debe retirarse de la cena en la que se encuentra, que debe subirse al auto y manejar hasta Puerto Madero. Tardará una hora en llegar. Pagará la cuenta. Manejará, muda, como si ese silencio pudiese soslayar el infortunio de su hermana, su propio fastidio, la situación toda. Discutirán, a ratos, en el auto. Blanca Nieves le pedirá que la lleve a su casa. La hermana le preguntará con cuáles llaves tiene pensado entrar si le han robado todo. Le sugerirá hacer la denuncia, buscar una cerrajería abierta. Blanca Nieves le dirá que ella tiene una llave de repuesto, en la maceta de la entrada: que ya no quiere molestarla, que ya hizo suficiente, que ella se ocupará de todo, mañana.

Las hermanas se despedirán cuando el auto llegue a la puerta de la casona desabrida de San Isidro.

Serán las dos de la mañana. Blanca Nieves retirará las llaves de la maceta. Solo le falta entrar a su casa. Apenas lo haga, encontrará un interminable ramo de rosas sobre la mesa del comedor, reconocerá el perfume viril, le tomará meses descubrir todo lo que le falta.

Últimos rastros

1.

Elena está sentada sobre un banco de madera, en un muelle, frente al río. El muelle es viejo, está un poco desvencijado y un poco se mueve, con el oleaje. Podríamos decir que es un muelle inestable, pero parece que a Elena no le importa esa inestabilidad, o no la percibe, o se deja acunar en ella. Elena vuelve, todas las tardes, a ese muelle, y se sienta ahí, sobre ese banco, y allí se queda, las manos firmes, aferradas a su cartera, hasta que el sol desaparece detrás de ese horizonte que tiene una indeclinable forma de pasto. Lo que ella ve, en realidad, a la hora del ocaso, desde el muelle, es la isla que tiene enfrente: esa mínima fracción del Delta donde vive desde hace un año. Es exactamente en esa isla donde, a los ojos de Elena, el sol se esconde mientras va negreando el pastizal. Y ella se queda, todas las tardes, sentada en ese banco, las manos aferradas a su cartera, a mirar los últimos rastros del día. No sabemos qué piensa Elena, o qué mira, o en dónde se detiene, cuando se sienta, a la hora del ocaso, en ese muelle desvencijado. Lo que sabemos es que solo se pondrá de pie cuando el malva del cielo no la deje adivinar más que una línea de hierbas oscurecidas sobre el horizonte. En ese exacto momento, se pondrá de pie y entrará a esa casa en la que, desde hace un año, alquila una habitación. Dentro de la casa, como todas las noches, Blanca Nieves la estará esperando. La saludará, le preguntará cómo le fue hoy, y Elena le responderá, invariablemente, que no ha encontrado a nadie. Blanca Nieves se lamentará, una vez más, y le dirá que en una hora la cena estará lista. Elena usará esa hora para bañarse, cambiarse la ropa, poner la mesa, descorchar el vino. Se sentarán, las dos, y cenarán. Después, recogerán la mesa y entrarán en el ritual de la noche: jugarán a las cartas, licor en mano, se contarán algún tramo de sus vidas, se reirán, o llorarán, o se lamentarán, alternativamente, según los recuerdos que evoquen esa noche, y así seguirán, jugando, riendo, llorando, hasta la una de la mañana. A esa hora se despedirán y solo se volverán a ver al día siguiente, cuando Elena salga de su habitación, beba su café y le diga a Blanca Nieves, una vez más, que irá a buscar a sus tíos, o que irá a buscar a sus primas, o que irá a buscar a alguien: a cualquiera que haya pertenecido a su familia. Blanca Nieves la verá partir, las manos siempre aferradas a esa cartera de cuero, y solo la verá regresar cuando la luz malva del cielo ya no la deje adivinar más que un horizonte de pastos ennegrecidos en la isla de enfrente. A esa hora, la verá entrar: a veces acalorada, a veces muerta de frío, o mojada, o destemplada, los pies siempre cansados, y le preguntará cómo le fue, hoy, y Elena le responderá que no ha encontrado a nadie. A nadie. Como si esa familia que busca hubiera sido tragada por el río o por el lecho barroso del Delta o como si el arraigo de esa familia a esas tierras no fuera más que un recuerdo implantado en su memoria infantil.

Hay, entonces, un banco de madera, un muelle desvencijado, un río barroso, una isla, un horizonte de pastos, una mujer aferrada a su cartera, unos recuerdos inciertos, una casa. Blanca Nieves es la dueña de esa casa y hoy, hace exactamente un año y una semana, se mudó allí. Antes, Blanca Nieves vivía en su caserón de San Isidro. Un caserón sólido, de techos altos y muebles de museo y salas espaciosas pensadas para los ágapes y las fiestas y los regodeos sociales. Pero Blanca Nieves ha tenido que vender ese caserón, hace más de un año, y ahora ya no importa por qué lo ha tenido que vender. Hay quienes dicen que se dio al juego, que se endeudó, que no tuvo más remedio. Hay quienes dicen que eso ocurrió después de un desengaño amoroso o que ocurrió después de que la enviudara ese accidente. Pero esas circunstancias, a estas alturas, ya no importan. Lo que hoy importa es que ella, hace un año y una semana, vive en el Delta. Y que hoy, hace exactamente un año, cuando ella llevaba apenas una semana en esa casa, se le apareció Elena con sus muchos bolsos y ese baúl enorme y su cartera ajada, diciendo que allí, en esa misma casa, cuando ella era niña, vivían sus tíos. Blanca Nieves la miró absorta, esa mañana, y alcanzó a balbucear que ella llevaba apenas una semana viviendo allí y que le había comprado la casa a un tal Funes. Ese día, Elena oirá esa información y se lamentará: le dirá que no, que ella no tiene ningún familiar con ese apellido, pero que su familia era de allí, del Tigre, y que ella los va a salir a buscar, todos los días, hasta encontrarlos. Y así, desde hace un año, Elena sale, todas las mañanas, aferrada a esa cartera que fue de su madre, a caminar por las calles, a preguntar si alguno ha visto a su tío, a su prima, a su hermano. Sale, Elena, cada mañana, con cuatro fotos en el bolsillo, y va, calle por calle, preguntando, inquiriendo, exhibiendo esos retratos que lleva consigo.

Cuando termina su caminata, se sube a la lancha, regresa a su isla provisoria y se sienta en ese muelle inestable a esperar el ocaso.

2.

Lo que le digo es que la señora Blanca Nieves no era así, para nada. Ella se malogró después de aquel episodio, del hombre ese que la invitó a cenar para robarle, nomás, si la llevó a cenar y le quitó la cartera y la dejó plantada, ahí, en la otra punta de la ciudad, y se le vino para la casa que ella tenía y se la robó toda. De ahí que la señora empezó a irse de mambo, como quien dice; se le dio por el juego, si yo a veces llegaba a la casa y la señora no estaba, y para cuando me iba, la señora tampoco estaba, y después ya llegó un día que me dijo que no tenía para pagarme; como le digo, ella se fue a pique desde el episodio ese, y no hubo quien la volviera, hasta que después me dijo que iba a vender la casa, que le tuviera paciencia, que me iba a pagar. Yo le seguía trabajando, a la señora, no tanto como antes, pero igual le trabajaba, porque me daba pena verla así, tan abatida, de modo que iba, todas las semanas, a ver qué necesitaba, y a veces le hacía una compra, o le barría el patio, o le lavaba la ropa. Al final, vendió la casa, nomás. Debe haber cobrado buen dinero, porque me pagó lo que me debía. Una tarde me la encontré toda emperifollada: esperaba a las amigas, en el comedor; bueno, si es que se las puede llamar amigas, porque la verdad es que cuando la señora se empezó a malograr, esas mujeres ya no aparecieron más, se le alejaron como si la señora les fuera a contagiar la desgracia. Pero la cosa es que esa tarde volvieron, porque se habían enterado de que la señora andaba vendiendo sus muebles, y eran muebles buenos, y caros, y ella los andaba rematando, porque estaba apurada, que tenía que dejar la casa. Después vino el camión de la mudanza. Ella me avisó que iban a venir, que si por favor podía estar, esa mañana, y yo me fui, nomás, a acompañarla. Le embalaron todo y nos mudamos para acá. Y, Dios santo, cuando llegamos esto era una tapera, todo sucio, una casa que nada que ver con la otra: dos habitaciones y una sala, nomás, y la cocina, y el baño, y bueno, eso era todo, y un terreno grande, eso sí, y un muelle arruinado que se andaba hamacando con las oleadas. Y yo me tuve que quedar varios días para adecentarle el lugar. Y ella estaba ahí, medio perdida, sonreía como boba, y no me decía nada, ni dónde quería que le acomodara las cosas, así que me tuve que arreglar sola, y meter yo, las cosas, donde me parecía. Pero antes le tuve que barrer todo, y baldear, que había mucha mugre, por toda la casa. Parecía abandonada, llena de telas de araña por los techos y por los pisos y por donde usted mirara. Le trabajé como una mula. Al final, le dejé la casa ordenada y me fui. Le prometí que volvería el jueves siguiente, que yo tenía franco, a ver si necesitaba que le hiciera alguna compra, o algo. Y cuando llegué, ese jueves, ya me la encontré a la tal Elena, ahí adentro. Que le había alquilado una habitación, me dijo la señora, apenas entré. Mirá qué suerte tuvimos, Marilú, que llegó esta señora y me alquiló la habitación. Ahora te voy a poder pagar más seguido. Así empecé a ir los martes y los jueves, a

ayudarlas. Y la tal Elena decía que ahí vivían los tíos, cuando ella era soltera, y que su familia era toda de ahí, del Tigre, pero que desde que se había casado, parece que con un cantante de tangos, muy famoso, ya ese cantante se la había llevado lejos, a un pueblo fulero, por lo que contaba. Ella le tenía tirria, a ese pueblo. Hablaba pestes de ese lugar y de sus gentes. Y contaba que el marido había desaparecido. Sí, como le digo: nos contaba que un buen día desapareció, ya no volvió, se esfumó, ya no se supo de él. Dice que puras habladurías, nomás, y que entonces decidió venderlo todo y venirse para acá, a buscar a su familia. Pero nunca encontraba a nadie, y volvía muy entristecida, todas las tardes, y ahí se quedaba, sentadita en el muelle, hasta que anochecía. Y eso duró así un año, pero ya después parece que se cansó de tanto andar buscando, o no sé qué le habrá pasado, pero la cosa es que ya no salió más. Y ahí empezó a agitarse un poco el asunto. Primero se le dio por la jardinería. Decía que eso que había ahí afuera no era un jardín, que eran puras plantas que crecían a su arbitrio, sin que nadie les viniera a decir cómo tenían que crecer: estas nacen como quieren y crecen como les place, unas sobre las otras, enredándose, salvajes. Así me decía. Y que iba a domesticarlas, a convertirlas en adornos, en objetos estéticos. Así le dijo, una mañana, a la señora Blanca Nieves: le preguntó si ella no se oponía. Y Blanca Nieves, contentísima: que la iba a ayudar. Y así empezó a venir un jardinero, que les enseñaba, don Cosme, y les traía flores y les daba ideas: podemos acá, y podemos allá, y pongamos césped acá, y plantemos rosas allá, y hortensias acá, y así estuvieron, de lo más entretenidas, un buen tiempo, y hasta armaron una buena huerta, al fondo. Después se aburrieron de ese asunto y se les dio por renovar el muelle, que de todas formas ya se les estaba por derrumbar del todo. Así que vino don Cosme, con el hermano y con las maderas, y les hizo un muelle nuevo, y hasta les fabricó una hamaca, de esas para dos, toda de madera, y se las puso ahí, al frente, sobre el muelle, y ellas empezaron a sentarse allí, todas las tardes, entre las hortensias, a mirar el río. Y después vino el asunto ese, cuando me preguntaron si yo podía ir a ayudarlas los sábados al mediodía, que iban a empezar un emprendimiento con ese tal Cosme, y con el hermano. Y mucho no me querían contar, pero me explicaron que eran unas reuniones que iban a organizar ahí, en el jardín. Era verano, me acuerdo. Yo empecé a ir. Resultó que eran unos asados, lo que organizaban. Habían comprado unas mesas largas y usaban los manteles y la vajilla y las copas que había traído la señora Blanca Nieves, allá, de su casa de San Isidro; todas cosas muy finas. Y parece que cobraban la entrada. Don Cosme y el hermano hacían el asado, ellas hacían de anfitrionas y yo servía la mesa. Y se fueron haciendo famosos, esos asados. Después supe que eran reuniones de solas y solos, así me dijo don Cosme: que eran reuniones para que se armaran parejas. Y se fueron enterando, en el Delta, y el lugar se fue haciendo muy conocido. Había tanta lista de espera para esos encuentros que terminaron abriendo los sábados a la noche, también. Y tanta era la gente que venía que, al final, armaron un galpón, al fondo del terreno, y metieron otra parrilla, ahí, para

los días de lluvia, y para cuando llegara el invierno. Yo después ya no pude seguir trabajando los sábados a la noche, que a mi marido no le gustaba nada, ya no quería que me fuera, y bueno, le avisé a mi prima, que si ella quería tomar el trabajo. Así que yo iba los sábados al mediodía y mi prima iba a la noche. Y un poco, ahí, perdí el rastro de lo que pasaba en las noches, pero mi prima me decía que había algo raro, algo de apuestas, de juego, no sé bien, pero sonaba complicado. Como que después de las cenas, algunos se retiraban y empezaba otro asunto. Nunca entendí bien eso. Como le digo: según mi prima jugaban por dinero, ahí, en las madrugadas.

3.

Hay, esa noche, una luna finita, como un hilo en el cielo. Es verano, es sábado. Un hombre cruza el jardín con un tablón entre las manos. El tablón es largo; el hermano lo ayuda. El hombre se llama Cosme Lupano. Nació en el Delta. Su hermano se llama Lautaro y también nació en el Delta. Ahora cargan un tablón de madera entre los dos: caminan, despacio, en dirección al muelle, donde van a armar las mesas para la cena de esa noche. Cuando pasan frente a la casa, se oye la voz de Cosme: hoy frente al río, chicas, que tenemos noche cálida y la luna parece una sonrisa. Apoyan el primer tablón sobre los caballetes y van a buscar el otro tablón. Tienen que armar dos mesas: esperan a veinticuatro comensales, esa noche. Mientras ellos transportan las mesas desde el fondo del terreno hasta el muelle, Blanca Nieves y Elena están en la casa: eligen manteles, cantan, separan platos, se miran, lavan las copas, sonríen. Y en eso andan cuando se asoma Cosme: mesas listas, dice, y ellas ya saben: salen juntas, en esa coreografía que se tienen aprendida de memoria: los manteles, primero, y los broches, para las esquinas: en el Delta nunca se sabe: no hay viento, ahora, pero puede llegar, más tarde, y alborotar los manteles y tirar las copas y complicar esa placidez advenediza del que paga una entrada y solo registra la postal vacía: libre de insectos, libre de vientos, de inclemencias. Por eso, hace un rato, don Cosme tuvo que fumigar el parque. Ahora los grillos andan reticentes y menguan su vigoroso concierto habitual. Son las ocho de la noche. A las nueve empezarán a llegar los invitados. Llegarán sueltos. Eso dice Elena. Y, con suerte, se irán en esa algarabía provisoria que les conferirá la ilusión de que no existe abismo: de que no existe la distancia que los separa del otro. A algunos les pasa. Y eso alienta, aunque dure una noche. Y la alienta a Elena, y la alienta a Blanca Nieves: de esos albures depende la reputación de sus cenas, y de sus almuerzos. Hoy voy a lo de Blanca Nieves y Elena. Así las conocen, en el Delta, y así anuncian, los comensales, su programa de sábado. Ir a lo de Blanca Nieves y Elena significa, también, bañarse, vestirse, subirse a una lancha, transportarse por el río, llegar, sonreír bastante, mostrar la dentadura, parpadear, hablar de más, beber de más, seguir adelante, seguir buscando, tener fe, querer más, parpadear otra vez, sonreír de nuevo, exhibirse, beber otra copa, sostener la ilusión, creer que se tienen seres enteros al otro lado del mantel, seres que no están dañados, que pueden dar algo, que pueden mirar.

4.

Yo no sé, señor, si hubo una denuncia. A mí, la señora Blanca Nieves me dijo que era un asunto de habilitación: como que no podían andar armando esas comidas sin pedir autorización. Así entendí. Pero eso que me dice usted, no sé. Como le digo: lo único, mi prima, que algo raro me decía, de las noches, pero que eso no pasaba en las cenas, que pasaba después, cuando ella ya se iba. Yo, lo que vi, eran cenas normales; Cosme siempre atento, haciendo sus asados, con el hermano que era muy tranquilo, y ellas siempre sonrientes, recibiendo a todos, contentas con sus túnicas, que se habían mandado a hacer con la esposa de Cosme, que era modista, y eso les gustaba: se vestían las dos iguales, con esas túnicas, blancas en verano, verdes en invierno, y recibían a la gente, las ubicaban en las mesas, les ofrecían una copa, les conversaban, mientras iban llegando los demás, y los iban sentando a la mesa, y los iban presentando, que esta es fulana, y este es mengano, y así, hasta que don Cosme empezaba a traer la comida, y ya todos se ponían a comer, y a beber, y a conversar, y siempre todo impecable, con esos manteles de hilo, y las velas, y las flores. Pero no, yo no vi otra cosa. Sí le puedo decir que doña Elena era la que más la animaba, a la señora. Porque ella era más bien callada, y andaba muy alicaída desde ese asunto del hombre que la había engañado y de las deudas que tenía y de esas amigas que eran puro cacareo, y, la verdad le digo, andaba bastante mala hasta que se mudó. Cuando llegó acá, como que el aire del río la arregló bastante. O la calmó. Vaya uno a saber. Pero acá la vi más tranquila, y ya cuando doña Elena dejó de buscar a su familia, la empecé a ver alegre, si hasta la encontré cantando, una vuelta, a ella, que era tan silenciosa y se la veía tan amargada. Después, claro, siempre están los habladores, las malas lenguas, esa gente que le gusta hablar porque el aire es gratis, usted conoce. Empezaron diciendo que ellas andaban juntas y ya después se inventaron que armaban orgías, en la isla. Qué coraje. Este sitio es muy dado a las habladurías, usted sabe.

5.

Es una noche de verano, de finales de verano: no corre una gota de aire y la isla parece como en espera de algo, como si fuera una postal, una foto, una detención, el final del mundo; como si ya nada más fuera a pasar. Bajo ese ocaso denso, plomizo, Cosme arrastra un tablón sobre el césped: su hermano no ha venido, hoy; se sentía mal, se quedó en la casa. Cosme arrastra, entonces, el tablón, bajo ese cielo gris, inmóvil, profundamente silencioso. No hay pájaros, esa tarde: deben andar en sus ramas, o en sus nidos. Blanca Nieves y Elena, como todos los sábados, separan manteles, se ríen, eligen copas, cantan, apilan platos. Cosme se asoma, la voz cargada: mesas listas, dice, y ellas ya saben: salen juntas, manteles y broches en mano. Apenas salen, miran el cielo y no dudan. Lo buscan, a Cosme; lo interrogan con los ojos: miran las nubes negras y lo miran a él y es como si le estuvieran preguntando si le parece bien poner las mesas afuera, hoy, con ese cielo que se les viene encima. Cosme se detiene, despabila sus músculos arrutinados, huele el aire, mide la indefectible promesa de lluvia: sí, les dice, esto no aguanta. Refunfuña: no lo había pensado antes: algo lo incomoda: acaso la ausencia del hermano, o la inercia de los sábados, o verse ahí, solo, ocupándose de todo: hoy vienen treinta y seis. Son muchos. Y estará a cargo de la parrilla, sin ayuda. Ellas todavía no se han cambiado, no se han puesto sus túnicas, no se han peinado, no se han maquillado: no están listas. Le sonríen: tranquilo, Cosme, te ayudamos. Y Cosme, entonces, rechista y esboza una media sonrisa, como de quien pide disculpas por el desliz, inclina la cabeza, no dice nada, pero les hace señas: que vayan, ellas, a cambiarse, a ocuparse de lo suyo, que él se encarga de llevar las cosas al galpón. Ellas lo conocen, le ven la fatiga en las manos, crispadas: que no, le dicen, que de ninguna manera, que ellas ya tienen todo listo, que no les cuesta nada, que lo ayudan. Cosme baja los párpados, el cigarrillo a medio escapársele de los labios, y ese gesto es un agradecimiento tácito, una manera subrepticia de sentirse comprendido, acompañado. Llevan los tablones, entre los tres, hasta el galpón del fondo, acomodan los caballetes, arman las mesas, encienden las luces. Después, Cosme muda el carbón a la parrilla del fondo y ellas se van adentro, a buscar los manteles, mientras él enciende el fuego.

A pesar del contratiempo, son puntuales. A las nueve de la noche tienen las tres mesas puestas, con sus manteles, sus copas, los cubiertos, los fanales, las flores, las velas. Don Cosme tiene el fuego encaminado y ellas van, en sus túnicas, los cabellos ordenados, las manos pulcras, al muelle. Se sientan en la hamaca, se mecen, esperan. Nueve y cinco: llega la primera lancha. Bajan cuatro mujeres. No las conocen. Las saludan, les hablan, las acompañan a las mesas, las acomodan, les sirven una copa, le presentan a Cosme, encienden las velas, ponen un bolero, vuelven al muelle. Llega la segunda lancha. Bajan tres amigos: pantalones claros,

zapatos náuticos, pulóveres de hilo anudados al cuello, miradas festivas. Nunca los han visto. Les dan la bienvenida, los llevan al fondo, los presentan, les sirven una copa, los dejan conversando. Suena un jazz cuando vuelven al muelle. Llega la tercera lancha: bajan diez personas, conocen solo a dos. Marita, que siempre vuelve, y Dionisio, al que solo han visto una vez. Los reciben, los acompañan al galpón, los acomodan, les sirven una copa, vuelven al muelle. La noche va avanzando, poco a poco, sobre ese cielo ingrávido: todavía no llueve, sigue sin correr una gota de aire. Elena transpira: qué noche pesada, dice, y Blanca Nieves asiente. Faltan dos lanchas y estamos, dice Blanca Nieves. Elena acepta el consuelo y se guarda las palabras: sabe que hay noches en las que hay que aprender a guardarse hasta la respiración.

6.

Sí, fue el día de la tormenta. Ese día se había aparecido el comisario Ramírez, en la cena. Estaba ahí, como un comensal más. No, dicen que no había ido a averiguar nada, que había ido por un asunto de polleras, nomás. Parece que andaba enamorado de su amante, una tal Rose, y que le habían venido con el cuento de que ella iba a estas cenas y que esa noticia lo tenía envenenado. Hasta que un día decidió reservar un lugar para él, sin decir nada, y ahí se apareció. La andaba persiguiendo. Y parece que él estaba muy tranquilo, esa noche, y hasta aliviado, porque no la había visto venir, así que él ya estaba pensando que le habían vendido pescado podrido, como quien dice. Y todo se fue a complicar cuando llegó la última lancha. Ahí venían la tal amante del comisario con una amiga. Y bueno, para qué. Mi prima me cuenta que estaban ahí, con esa calma chicha pretormenta, todos sonrientes, y el comisario aliviado, y alegre, él también, y que don Cosme había sacado la guitarra para animar la noche, y que no va que llegan esas dos mujeres, y dice mi prima que le estaba llenando la copa, al comisario, cuando él las ve aparecer y, por Dios, dice que el hombre se desfiguró, que apenas ella le terminó de rellenar la copa, él se puso de pie y le tiró todito encima, a la tal Rose, que venía impecable, toda de blanco. Y la amiga casi le salta al cuello, al comisario, y estaba tan incontenible que la tuvieron que agarrar entre dos mujeres, para que se calmara. Y seguía endiablado, el comisario, que ni Dios santo lo apaciguaba. Con recelo y todo, lo terminaron amansando, entre varios, porque se le iban las manos, con esa mujer. Y, bueno, que no es fácil, porque era el comisario, pero unos cuantos se le atrevieron por el arrebato que le había dado a ese hombre. Y, para colmo, al ratito llegó la tormenta. Un diluvio de Dios Padre y María santísima. Así que no tuvieron más remedio que quedarse todos ahí, dentro del galpón, que afuera se estaba inundando todo.

7.

Hubo, esa noche, un cielo que se desplomó como si dijera basta. Nadie sabe, a ciencia cierta, si se desplomó el cielo, primero, o si se desplomó la cena, antes. Daría la sensación de que todo ocurrió al unísono. Llegaron, esas mujeres; había un comisario, entre los comensales; una mujer le servía una copa; a él se le desvió la vista: la detuvo en esas dos mujeres que entraban, tarde, al galpón. La reconoció, a una de ellas. No lo dudó: se puso de pie, la copa en mano, y la empapó con ese vino. Ella venía de blanco, los labios abiertos, los dientes inmaculados, como una novia que se dirige al altar, a pasos lentos, la sonrisa dispuesta, inocente, expandida al cuerpo, a los ojos. Ella no lo llega a ver, no se lo imagina, no lo presiente: solo recibe, de lleno, el contenido de esa copa en su vestido blanco, en su peinado fresco, en su rostro desprevenido. La sonrisa se le aplaca, los dientes se cierran, los ojos se le reviran, quieren entender, otean, buscan, encuentran: ahora lo miran, a él, de frente: es el amante, es el comisario, es el hombre que no debía estar ahí, esa noche, y mientras hace sinapsis y se pregunta qué hace ese hombre ahí, y sigue dudando, y no sabe si él fue a controlarla, o si de verdad está ahí buscando a alguien para enamorarse, o para pasar el rato, mientras ella duda, y se pregunta, y se mira toda manchada, húmeda de vino, ve que la amiga se le quiere ir encima, al comisario, y que una mujer la retiene, y ve que hay otros que lo agarran, al comisario, le atajan el puño en alto, y entiende, súbitamente, que él fue a controlarla, que la anda vigilando, que no soporta que ella ande buscando otra relación, menos precaria. Se indigna, entonces, ella, los ojos rabiosos, y quiere increparlo, y en eso anda la noche, cuando el cielo relampaguea, y el galpón titila, y llega el trueno, y ya todo, en ese momento, se convierte en una pura negrura: se corta la luz, se eclipsan las mesas, los rostros, las manos: quedan todos enceguecidos, un rato, hasta que se les acostumbran los ojos a ese vacío de luz. Unos segundos después, están todos desvalidos, en un mismo desconcierto: han perdido los parpadeos cadenciosos, la mirada próspera, la sonrisa estirada, la persistencia. Ahora son animales mojados, desnudos, a la intemperie: son todos huérfanos. Ahora el viento arrasa, allá afuera. Rompe el muelle, arranca flores, quiebra un pino. El tronco del pino cae sobre el tejado de la casa. El muelle sale, a pedazos, a recorrer el río. El techo del galpón se vuela. Ahora están todos bajo la tormenta de esa madrugada, mojándose, sin amparo.

8.

Pero la tormenta les terminó volando todo. Mi prima dice que estaban en plena trifulca con ese asunto del comisario, que todavía no habían logrado apaciguarlo del todo, y que ahí nomás se vino ese vendaval. Dice que traía una furia que daba pavor de solo mirar, que estaban todos ahí adentro y se veían las copas de los árboles removiéndose con una fuerza de mil demonios, y que al ratito empezaron a desgajarse los árboles, como si fueran de papel, y que se podían ver ramas volando, en el cielo, y que enseguida se cortó la luz y que a esas alturas ya estaban todos más serios que perro en bote, muy asustados, y que apenas se fue la luz lo único que se oía eran los silbidos del viento y los ruidos de las ramas chocando, rompiéndose, cayendo. Fue muy terrible esa tormenta. No sé si usted se la acuerda, debe haber sido hace unos cinco años. Dejó estragos por todo el Delta. Bueno, pero la cosa es que en un momento se le empiezan a volar las chapas, al galpón, hasta que se quedan todos sin techo, y ahí ya se volvieron ratas, cada uno por su lado, tratando de agarrarse de donde podían, con miedo de que el viento se los llevara. Se fue todo al diablo: los encantos, la sonrisa, el perfume; desapareció todo de golpe, como en un cuento de hadas. Mi prima se quedó ahí adentro, en el galpón, que le daba miedo soltarse. Dice que estaba agarrada de un pilar y que no se quería soltar por nada del mundo. Pero hubo quienes se quisieron volver por el río: se iban al muelle como si eso fuera una salida. Imagínese, con lo enmarañado que estaba el río en pleno temporal. Solo a un loco se le ocurre. Y hubo los que quisieron meterse en la casa de la señora, que se veía más entera, más a salvo. Y eso fue lo que complicó las cosas. Porque varios se empezaron a soltar, como si fuera fácil cruzarse a la casa, o irse al muelle, pero no, si el viento los ladeaba. Aparte, no se veía nada y era fácil tropezarse con algo, y lastimarse, o que algo se les cayera encima, o que salieran volando. Y la lluvia caía a baldazos y el río tan embravecido: dice mi prima que era una batahola, un ruido infernal, mezcla de agua de río y de lluvia, de viento y de ramas, todo golpeando, sin distingos, y apaleando sin descanso.

Y dice que eso habrá durado unas dos o tres horas. Después se calmó el viento y dice que empezaron a salir de sus guaridas y que en el cielo no habían quedado rastros de la tormenta. Apenas unas nubes gordas que ya se iban. Pero el suelo, Dios santo, parecía un campo de batalla. Dice que recién cuando se vino el sol empezaron a ver bien. Dice que la señora Blanca Nieves se agarraba la cabeza y lloraba y lloraba y lloraba, desconsolada, y que todos pensaban que era por los estragos de la tormenta, pero no. Recién al rato entendieron: la que no aparecía por ningún lado era doña Elena: revisaban y revisaban, por todas partes, y nada de nada. Como si se la hubiese tragado la tierra. Y la señora todavía la sigue buscando que da pena: se va al muelle, todos los días, a esperarla, y no hay Cristo

que le haga entender que a doña Elena se la ha llevado el río.

Y el río, tan manso

Para siempre. Él no sabe que es para matarla, casarse dice él, aún no sabe que es para matarla.

Marguerite Duras

1.

Comé hasta babearte y que tus ojos no hagan foco y que las letras se te escapen, como borrones, por los márgenes de las páginas.

Babeate, tía, quiero verte.

Mis uñas te evocan, desde este gris imposible, en este país maldito. Son mis uñas y mis dedos de hoy, arrugados como los tuyos de entonces, los que me traen tu imagen de ayer, y la mía de hoy, como si fuéramos la misma cosa.

Dónde estás, tía, ahora que mis manos te recuerdan y que la noche no me deja respirar. Mis manos que te enterraron en enero, cuando hacía siete años que te estabas muriendo.

—Bebería una copa de vino,

me decías cuando todavía hablabas y todavía caminabas y te pintabas las uñas de este gris que hoy me trae tus manos de entonces, mientras me aterro pensando que acaso mañana, u hoy mismo, te me aparezcas en silla de ruedas, como mero despojo, en esos pañales,

—Comería una gelatina,

y la enfermera negándotela, y yo insistiéndole, rogándole, por los pasillos, y ella que no, que el médico no la ordenó, aunque yo le explicara:

—Se está muriendo.

Volví a tu lado, las manos vacías, sin esa gelatina, sin nada que darte, sin saber cómo decírtelo, cómo decirte que no había conseguido una miserable gelatina, que te habían negado incluso eso, la última ingesta, como la última cena, pero vos ya estabas en tu mundo de morfina, y soñabas tu sueño justo, acaso que comías, acaso que bailabas,

—Bebería una copa de vino,

como me decías cuando mis manos eran jóvenes y no se parecían tanto a las tuyas como se parecen ahora, que me dan este espanto, mi propio espanto de esta noche, que me pinto de gris, las uñas, tía, y me miro las manos, y no son las mías, son las tuyas, mientras las letras se me escapan, ahora, por los márgenes de las páginas, y quiero asirlas y no puedo.

No sé si estoy llorando, o si estoy borracha, o si lloro en la borrachera de esta noche para borrarme las manos, como si me las pudiera quitar y olvidarme de tu declive empedernido, ese deterioro paulatino, indetenible, mientras te ibas muriendo. Quiero quitarme este color de uñas, comprado tan así, hace un rato, en este país inconcebible, no allá, en tu casa, en tu jardín, entre tus plantas, ahí donde todavía manejabas las manos a tu arbitrio y te servías el vino

—Comería una gelatina,

que se te antojaba, sin pedirle permiso a nadie, ahí donde el agua se servía en copas y se sorbía desde labios enteros, no rendidos, no arrugados, sin sondas de

hospital, sin un resto de amargura, a puro deseo, no para hidratarse, sino por la sed, la pura sed de cuando todavía las células necesitan alimentarse,

—Comería una gelatina,

como cuando comías en el río, con las ganas intactas y esos dientes tuyos, tan propios, seguros de sí, a sabiendas de que no te fallarían, que te dejarían deshacer la carne, la fruta, el pan. La vida. Esa vida que estaba por delante, tía, a pura promesa. Pero acá estamos: vos en tu ausencia y yo en esta casa alquilada, con estas manos que ya no son mías, preguntándome qué hago acá, mientras la lluvia cae, despacio, sobre el río, y me inunda, ahora, el bote que tengo amarrado en el jardín, en ese río que pasa allá abajo, por el jardín de esta casa absurda, este río que no es el río de aguas canela, aquel río que nos recibía en tu velero, ahí cuando vos eras joven, y me invitabas a mirarte en ese resplandor, y yo sonreía, porque me parecía que ahí, en ese río, las tardes se volvían tan livianas que no importaba nada. Pero este bote a remos, tía, te reirías de mí, está sobre un río de aguas traslúcidas, aguas que no ocultan nada, nada que adivinar, nada que inventar: todo a la vista, y ese todo es tan poca cosa: un par de rocas mudas, dos o tres peces sin gracia, tan idiotas que se han extraviado del cardumen que los contenía, y una iguana al frente, que no hace otra cosa que dormir la siesta al sol; pero aquel barco, tía, el tuyo, y vos, eran una promesa eterna,

—Comería una mandarina,

en vez de andar en este bote a remos, como ayer, sobre este río que no lleva a ninguna parte: el muy ridículo se muere en un lago, a izquierda, y a derecha se muere en otro; fuimos y vinimos tantas veces, ayer, con Adela, de un lago al otro, como si existiese una salida, hasta que nos vimos en esa necesidad de volver, rendidas, a atracar en esta casa enjaulada. Llueve desde que llegamos, tía, y han pasado tantos días. Llueve intermitente: el cielo es intempestivo acá. Estás afuera y de golpe llueve y al rato sale el sol y después se nubla y viene el viento y te sopla y no sabés qué ponerte porque todo te hace frío, acá, tía; como ahora, que llueve y hace un rato había luna, o como ayer, que anduve por el río, con Adela, y nunca cubrí el bote, con la lona, porque cómo me iba a imaginar que se iba a largar esta llovizna perpetua. Se está inundando el bote, ahora; mañana tendré que desinundarlo, aunque no me sirva más que para ir de un lago al otro. No tengo ganas de bajar al río, ahora, tía; solo quiero sacarme este gris de encima, pero el quitaesmalte no aparece y me condena a estas manos que te recuerdan, pintadas de gris, mientras espero que me encierren para siempre en tu silla de ruedas.

2.

Qué país infame. Hay que aguantarse esto. Miserables. Sacar la basura. A los tachos. Al azul. Y al verde. Enormes. ¿Qué basura íbamos a sacar nosotras dos en esos tachos tan grandes? Yo los miraba absorta, peguntándome cuánta basura se podía generar. Ni siquiera tienen vereda, estos infelices. Se les deben atrofiar los miembros. No caminan. Van en auto, a todas partes. No veo peatones. Las veredas son de pasto. Las casas están todas alineadas; no se distinguen. Nos costó trabajo encontrar la nuestra, cuando llegamos. Podría haber sido cualquier otra. La distinguimos porque vimos a un gringo en la puerta, los ojos atentos, con cara de espera. Nos saludó con la mano blanda. Qué feo que te saluden así. Me dio la mano como si me diera un pedazo de carne amputada. Y esa fue la única indicación que nos dio: dónde sacar la basura. Acá, dijo el hombre, apenas llegamos, y en esa palabra estaban todos los huesos de su mano hueca. Acá, dijo enérgico, y marcó un rectángulo imaginario sobre el pasto, al lado de la calle. Acá, dijo, las manos en paralelo, ahora habitadas de intención, de huesos, dibujando ese espacio virtual sobre el pasto. Y nosotras extrañadas, atentas, asintiendo, como si entendiésemos esa relevancia. Después agregó: los miércoles y los sábados. Mugrientos, pensé. Tanto te importa la basura y te la vienen a recoger dos veces por semana. Me imagino las cucarachas caminando sobre la mugre, en este humedal, hasta que pase el camión. Miércoles. Insectos. Sábado. Alimañas. Y nosotras sonriendo, recién llegadas, tratando de entender la lógica de ese espacio que nos iba a alojar, simulando que entendíamos esa importancia de la basura, como si fuésemos de ahí, como si allí hubiésemos nacido y nada fuese más relevante que sacar la basura, los miércoles y los sábados, en ese lugar vacío.

Y llegó el primer miércoles y ahí estábamos, Adela y yo, cada una empujando su carro. Yo empujaba el azul, ella empujaba el verde, y así, empujando cada una su carro casi vacío, fuimos hasta ese cuadrado imaginario, de pasto, y ahí los dejamos. Pero al día siguiente, cuando fuimos a buscarlos, para traerlos de vuelta a la casa, advertimos que nuestros carros seguían con su poca basura adentro. Los trajimos de vuelta, porque vimos que ya no quedaban carros alineados en la calle. Le dije: Adela, estamos haciendo algo mal, estos tipos no levantan nuestra basura. Adela bajó la vista, dudó. Sabía que era cierto, pero se resistía. Fue hasta el jardín y abrió el tacho azul. Volvió muda, después de constatar que nuestra basura seguía ahí. Supongo que no sabría qué decirme. La miré fijo. Sí, Juana, me dijo, no la levantan; lo voy a llamar, al hombre. Fue hasta la cocina a buscar el pedazo de papel que nos había dejado, con su teléfono. Volvió al comedor y lo llamó. La escuché balbucear en un español lento: modulaba cada sílaba como si esa lentitud pudiera convertirlas al inglés. Pero el tipo era francés y hablaba un inglés apurado, lleno de jotas y de erres atragantadas. Le saqué el teléfono, a Adela, y le

dije, al hombre, que la basura nuestra no se iba. Se lo dije en inglés, para que supiera. Nosotras no podíamos con la basura. No podíamos con esos tachos. Que lo supiera, ya que tanto le importaba. Era de noche, porque acá es de noche temprano, así que es de noche casi siempre. Pero el tipo vino enseguida, aunque fuera de noche, aunque no hubiera sol, aunque sintiéramos frío, aunque siguiera cayendo esa llovizna espantosa que nos asedia desde que llegamos. Golpeó a la puerta y nos llevó afuera, a las dos, bajo el agua, a que viéramos. Dijo que era nuestra culpa. Que la poníamos mal. Miren, dijo. No le importaba mojarse en esa llovizna de alfileres. El problema está en las ruedas, dijo, y nos mostró, mientras yo seguía concentrada en el agua que caía del cielo con un empecinamiento de necios. Los tachos tienen dos ruedas, nos mostraba en su afán didáctico, ¿ven?, y señalaba hacia abajo de esos carros gigantes: dos ruedas negras, vean. Dos, repetía, con los dedos alzados en ve. Las ruedas tienen que apuntar hacia la calle, decía, y señalaba el final del pasto, justo al lado del asfalto. Si dejan las ruedas para adentro, el camión sigue de largo. ¿Ven? ¿Las ruedas? Para afuera. Las ruedas para afuera, decía, pronunciando las letras como si fuera alemán. Al final, redujo todo a una sentencia china: si ruedas adentro, basura queda. Eso dijo. Nos trataba de idiotas, bajo la lluvia. Y Adela asintiendo, entre medias sonrisas. Y yo muda, con ganas de acogotarlo, pero sin decir palabra. Ruedas para afuera.

3.

No ando bien, tía. No puedo aquietar las manos. Me tiemblan, como aquella vez que tanto te temblaban, en la clínica, cuando querías esa gelatina,

—Comería una gelatina,

me dijiste, y yo salí por los pasillos, a buscártela, y me crucé con ese médico vestido de blanco, tan impoluto, tan certero, que me llevó a ese cubículo, a mostrarme tus pulmones, tía, en esa pantalla,

—No tiene resto, ¿ve?

eso me dijo, en su altar, mientras me mostraba una radiografía como si yo fuera radiógrafa y pudiera entenderlo; y yo absorta, en silencio, mirando esa foto de tus pulmones, largo rato, como si me mostraran un papiro egipcio, sin entender nada, y al rato balbuceando,

—Pero quiere una gelatina,

y el tipo sordo, necio, insistiendo, los ojos clavados en esa radiografía, como si esa foto de tus pulmones pudiera determinar el deseo de tu boca,

—Pero quiere,

alcancé a decirle,

—Todavía quiere,

y el tipo inmutable, los ojos clavados en la pantalla, y yo insistente, volviendo a lo palpable,

—Dele esa gelatina, por favor; hable con la enfermera, haga lo necesario, qué le cuesta,

y el tipo terco, impasible, abrevando en sus delirios médicos, insaciable, negándotela, inconmovible, jurándome que no: que no habría ingesta deseada, que no había espacio para ese deseo, que estaba claro, en esa foto, que a tus pulmones les haría mal esa gelatina, así tuvieras tres minutos de vida por delante: la imbecilidad llevada al extremo: la ciencia acogotada de certidumbres, como si la vida tuviera alguna, tía. Y yo en esta casa absurda, mientras te extraño tanto. Hoy fui a remar otra vez, con Adela. No termino de entender esta geografía. Adela me dice que es un río. Pero te juro que no es un río. O es un río encerrado. Va y viene, de una laguna a la otra. Si no me hubieses enseñado a navegar, allá, en ese río de aguas canela, podría creerles. Pero esto no es un río. Y sigue lloviendo, interminablemente. No se detiene, esta lluvia. Los dioses parecen complotados, acá, decididos a mojarlo todo. Hoy bajé al bote bajo el agua. Ya sé, no me creés. Es que acá, tía, si me detuviera en la lluvia, no haría nada. Aprendí a mojarme, con lo poco que me gusta.

4.

Te escribo chiquito, tía, porque se me acaba el papel y no encuentro más. Ya no sé dónde encontrar papel en esta casa absurda. No sé si es porque me lo esconden o porque duermo arriba, lejos de la cocina. A veces me cuesta bajar las escaleras y andar rebuscando por los cajones. Yo le había dicho, a Adela, que prefería dormir cerca del jardín, cerca del río. Pero ella me convenció de que me convenía el cuarto de arriba, para estar más tranquila, alejada de todo.

Ayer vinieron las enfermeras de siempre. Hablaban un inglés entrecortado, como a los zancos. Les entendí muy poco. Que venían a sacarme sangre, que el tratamiento iba bien, que tomara la medicación. No más que eso. Hoy me desperté a media máquina. Te escribo lento, como puedo. ¿Te acordás, tía, cuando nos escapamos del hospital? Estabas recién atropellada, sentada en una silla de ruedas, en la guardia, la cabeza vendada, recién cosida, las muñecas rotas, recién enyesadas, la pelvis fisurada y los médicos esperando el traslado para hacerte ese estudio, en otro hospital: que podías tener un coágulo, decían, en el cerebro. Y vos: ningún coágulo, sacame de acá, Juana, y tu hija en México, y yo haciéndome cargo, y mirándote el brazo, con ese suero que te colgaba desde el trípode que lo sostenía, y vos, insistente, que te sacara de ahí, sentada en tu silla, y yo preguntándome cómo la escapo, cómo la saco de acá, y buscando un enfermero que te quitara ese suero que a mí me daba impresión, no me animaba a quitártelo yo misma, por miedo a lastimarte, a lastimarte una vena, tía, pero tanto me insististe que al final me animé: busqué un algodón entre la gente que se moría en esos cubículos, como ese que andaba escupiendo sangre en un balde, solo, y yo que cierro esa cortina y sigo buscando un pedacito de algodón, hasta que lo encuentro, y te quito el suero, mirando de reojo, controlando que no me fueran a ver: me daba miedo que nos descubrieran, en nuestro afán de escaparnos, de salirnos de ahí, pero pude, te saqué esa aguja, aunque me diera miedo, y te puse el algodón, el que había conseguido, en esa gota de sangre que salió de tu brazo agujereado, y apenas lo hice te sentí libre, libre del trípode, libre del suero, y pensé ahora o nunca, la empujo ahora, me dije, y mi cuerpo respondió, porque me puse a empujarte, a empujar esa silla de ruedas, vos con las manos en el aire, envueltas en esos yesos inmaculados, recién blanqueados, y dije: ahora, y empujé como si fuese una enfermera de ese hospital, y me sentí solvente, como si supiera lo que hacía, como si no tuviera dudas, y aparecimos en la vereda, en esa vereda de raíces que la rompían toda, le levantaban las baldosas, la volvían irregular, y yo miraba ese piso, tan roto, y no podía dejar de pensar que te ibas a caer, se me va a caer la tía, pensé, pero te dije: agarrate fuerte, y al rato me reí de mi propio desatino, porque apenas lo dije me di cuenta: cómo se va a agarrar si tiene las manos rotas, los yesos inmaculados, y entonces seguí, como pude, empujando la

silla, en silencio, y al mismo tiempo tan entretenida, tan segura, como si no hubiera mayor bien en el mundo, como si escaparse fuese lo correcto, escaparse del hospital, de la escuela, de donde fuera. Yo agarraba tu silla, y la empujaba, como podía, olvidándome de que te podías caer, y romper, romperte toda, tía, aún más de lo que ya estabas, porque parecías un herido de guerra, pero yo me estaba olvidando de todo, en ese momento, olvidándome de tu hija, olvidándome de que podría reprocharme, cuando volviera de México, y dando vuelta a la esquina, y corriendo, con vos sentada, las manos en el aire, vendadas, en esa imposibilidad de agarrarte de algo, pero estábamos juntas, vos y yo, corriendo por esas veredas rotas, una cuadra, dos, tres, y yo con mis tacos, sin parar, y vos riéndote a carcajadas, y yo tratando de no mirar para atrás, corriendo, corriendo, sobre los tacos, sobre las raíces de los árboles, cuatro cuadras, cinco, hasta el auto, tratando de no doblarme un tobillo, de no embocarle a las raíces, de pisar lo mejor que pudiera. Hasta que llegamos, y te subo, al auto, y quiero meter la silla en el baúl, porque la queríamos devolver, al hospital, pero la silla no cabía en el baúl, y vos sentada, en el asiento del acompañante, girando tu cabeza, como si tu mirada ayudara a que la silla cupiera en el auto, pero no: no cabe; no cabe, tía, te repito, y te digo: esperame, y desando las dos cuadras, tres, cinco, hasta la guardia, y me hago la distraída, y dejo la silla entre dos ambulancias, bajo la llovizna estable de aquel viernes. Los viernes de lluvia mucho accidente, escuché, cuando dejaba la silla. Y volví al auto, tres, cuatro, cinco cuadras, corriendo, pisando raíces, veredas rotas, sobre mis tacos, y llegué y te dije: ya está, tía, somos libres.

5.

Conseguí un poco de papel en los cajones de la cocina. Adela me anda controlando todo el tiempo, que si tomé la medicación, que si ya comí, que mejor descanse un poco, y así me tiene. Maldigo el momento en que Octavio me sugirió que viniera con ella: que el tratamiento me iba a hacer bien. Pero me viven inyectando, tía. Y me dejan rendida. A veces siento que las palabras se me escapan, se me desordenan. Hoy estoy mejor. Me doy cuenta de que fue un error: no tendría que haber venido, pero ya no me aguantaba verle los ojos a Octavio, ver cómo se babeaba por esa tilinga, la hija de los Favio, ¿te acordás? Yo le vi los ojos, aquella tarde, cuando estaba con ella en el comedor y yo andaba cortando flores, en el jardín. Apenas entré, los vi. Ellos se miraban y te juro que eran ojos de fuego. Y después vino esto. Octavio que me dice que me venga para acá: que era lo mejor para mi salud, que Adela me podía acompañar, que me iba a alquilar una casa para que me atendieran sin necesidad de internarme, que yo pronto estaría mejor y podríamos volver a estar bien: volver a ser los que éramos, los que éramos antes: antes de que me agarrara este vahído que me quita las ganas de todo. Así me dijo. La hace fácil, Octavio: soy la responsable de todos los malestares. Él queda siempre incólume, desentendido en su ausencia. Y ahora yo acá, y él allá, y vos en ninguna parte, tía, que tanta falta me hacés. El muy maldito no me responde las cartas y Adela se hace la distraída: me mira compasiva y se ocupa de que tome las pastillas. Cumple su función, a las órdenes de Octavio, como siempre. Ese trabajo que heredó de la madre: ese linaje de resignaciones. Pero yo no me voy a rendir. Voy a volver: tendré mi revancha. Hacerme la tonta me sale bien. Era una frase tuya: hay que hacerse la tonta para pasarla mejor. Me cuesta, tía. A veces me agarra una ira que me dura varios días. Me dan ganas de bajar las escaleras con un hacha en las manos. Pero me voy a portar bien. Si quiero volver, no veo otro camino. Eso trato de hacer. Hoy salimos a pasear, con Adela. Le dije que tenía las piernas entumecidas. No quiso que saliera sola, así que vino conmigo. Es un despropósito caminar por este lugar sin veredas. Caminamos por los pastos de las casas. Parecen casas muertas, tía, casas vacías, sin nadie, nada adentro. Es puro silencio. Y pura basura. Y hay cajas de cartón, en las puertas. Nadie las toca. Quedan ahí, apoyadas en las puertas. Los tachos siguen alineados. Seguro que hoy era miércoles, o sábado, porque estaban todos los tachos afuera, las ruedas prolijas, hacia la calle. Caminamos varias cuadras. Unas siete cuadras para un lado, y después doblamos, otras siete para el otro, despacio, mirando la ausencia de gente. Si no fuera por los residuos, uno diría que es un pueblo fantasma. Pero debe haber gente, porque hacen basura. Los tachos están. Es señal de que hay gente adentro. Quise corroborarlo. Le dije, a Adela: abramos los tachos. Me miró extrañada. Es que no se ve gente, Adela, pero hay basura. Debe haber gente en

alguna parte, ahí adentro, en esas casas. Veamos, le dije. No le gustó nada la idea: que ella no iba a andar revisando la basura ajena. Caminamos dos cuadras más, en silencio, y me dijo que le dolían las varices. Le miré los pies, los tobillos, las piernas. Tiene las venas salidas, se le escapan de las vendas, y camina despacio, como si arrastrara una granada a punto de explotar. Vamos volviendo, le dije, así descansás esas varices, Adela.

6.

Hoy vinieron las enfermeras con una médica, a decirme que tenía que tomar unas pastillas más. Me las dejaron sobre la mesa de luz: estas son celestes. La llamaron, a Adela, para explicarnos a las dos juntas: que estas pastillas se sumaban a las anteriores. Me pregunto cuántas pastillas se pueden tomar en un día y se me viene el recuerdo de ese atardecer, tía, cuando me dijiste, la voz despreocupada, que ibas a dejar las pastillas, que ya no las ibas a tomar. Te había escuchado sin prestarte atención, por el tono de tu voz, que sonaba a soslayo, aunque algo me alertaba, adentro. Recuerdo que mi cabeza se detuvo, un instante, en la duda: ¿tenía que prestar más atención a lo que me estabas diciendo o podía escucharte relajada, sin darle importancia? El tono de tu voz era como de quien dice algo al descuido; no era una voz que quisiera comunicar algo trascendente. Eso me engañó. Eras una zorra, tía. Qué habilidad tenías. Elegiste el momento justo. Estábamos las dos, ahí, en ese cóctel, esperando que nos sirvieran el champagne, recién llegadas, y vos riéndote, señalando los atuendos de unos y de otras, y yo riéndome de tus ocurrencias y, en eso, como sin querer, me decís que vas a dejar las pastillas. Debí prestarte más atención, reconvenirte, invitarte a pensarlo otra vez. Pero no. No estuve a la altura. Me dejé llevar por tu tono alegre. No fue una buena decisión, tía. Vos necesitabas la sangre diluida. Lo reconocerías ahora, si estuvieras acá, conmigo, y te dieras cuenta de que los coágulos de tu sangre mal lavada acabaron por atorarte el cerebro. Así te fuiste, tía, a tu viaje en picada, a tu estar muriendo. Pero no es mi caso y yo lo sé. Disminuir mi ración es la decisión correcta. Entonces decido emularte, como puedo. La veo venir, a Adela, con el vaso y ese platito de porcelana tan ridículo, como si me trajera un poco de caviar, un manjar, algo que no debería perderme, y yo la miro desvaída, pero enseguida me doy cuenta, y enderezo los ojos, decido eso, decido mirarla firme, con los ojos seguros, como si pudiera anclarlos en algo que tuviera adentro, y no dudo, agarro la pastilla, la saco del plato, me la acerco a la boca, mientras la sigo mirando, a Adela, y con la otra mano agarro el vaso, y me pongo la pastilla sobre la lengua y doy un sorbo, y hago como que trago, trago el agua, mientras dejo que la pastilla me quede en la boca, adherida a la lengua, hasta que la desplazo al fondo, y la guardo ahí, cerca de la mandíbula, ahí, al fondo, donde se sienten los gustos ácidos, aunque la pastilla sea amarga y deje sus resabios de amargura mientras yo sigo reteniéndola, al fondo de la boca, y sigo haciendo fuerza para que no se me resbale, para que no se me meta, para que no me envenene. Le sonrío, como puedo, a Adela: una mueca, apenas, mientras le devuelvo el vaso y mis ojos siguen firmes, sin titubeos, y ellos mismos ensayan una sonrisa tenue, como si agradecieran. Te emulo, tía. No soy tan zorra, no me sale tan natural, pero me va saliendo. Tengo escuela, me digo, y dejo los ojos clavados, tan agradecidos que

Adela se da vuelta, satisfecha, y me saco la pastilla reblandecida de la boca, mientras la veo caminar con sus vendas, esos elásticos que se enrosca en los tobillos, en las pantorrillas, en las rodillas, esos elásticos que le contienen las varices, tan gruesas que parecen siempre al borde de estallar. Muchas veces me pregunto qué pasaría si estallaran. Veo sangre, toda la sangre de Adela en la cocina, y me voy a dormir preguntándome si quiero que Adela esté acá, conmigo.

7.

Llevo días sin escribirte, tía. Sabrás disculpar. Me inyectaron. Anduve babeando casi una semana. Se deben haber sentido satisfechos, porque después me dejaron en paz, hasta ahora. Ayer fue mi primer día de cierta tranquilidad: los demonios lejos y Adela amable. Le dije que quería ir a remar sola y no tuvo reparos. Claro, sabe que ese río es un lago que no va a ninguna parte. Me dejó que fuera a remar, un rato, a la tarde. Y no llovía, acá, que siempre llueve. Pero así estaba la tarde, sin lluvia, y yo sin llanto. Todo relativamente afable, aunque me sentí un poco sola y me hubiese gustado que estuvieras a mi lado, remando. No estoy loca, tía. Perdón que te escriba a vos. Es que no tengo otros interlocutores. Adela es la nada misma y Octavio sigue sin escribirme. Adela me dice que es el correo, que anda mal, pero yo no le creo. La veo, a diario, abrir sus cartas y contestarlas. Y cada tanto me dice que tiene que ir a la oficina postal. Me toma por tonta. A ella le funciona el correo. A mí, no. Me andan sustrayendo las cartas. Y las que yo mando, me las interceptan. No es posible que Octavio no responda. Me había dicho que viniera acá para curarme, para que estuviéramos juntos, para que fuéramos felices. Pero acá solo me inyectan y no tengo contacto con nadie. A duras penas, cuando me dejan dos o tres días tranquila, logro salir a caminar, o a navegar en ese bote que va de un lago al otro. Eso es todo, tía. Así funciona este encierro. Me veo al lado de Adela, con sus varices reventadas y su cara cándida, rodeada de esas enfermeras vestidas de blanco que tanto me carcomen, y qué ganas, tía, de escaparme de acá. ¿Dónde estás que no te veo llegar mientras me voy perdiendo en este humedal de casas sin veredas?

8.

Hoy me acordaba de Blanca Nieves, tía. Me estaba vistiendo, en la madrugada, porque había escuchado ruidos, en el jardín, y me dieron ganas de ir a ver. Hacía frío, así que decidí vestirme, y me acordé de eso que tantas veces me contaste: tu prima durmiendo y el padre que la despierta, a que fuera a ver. A que fuera a ver con quién se iba a casar. Y Blanca Nieves despabilándose, como yo esta noche, poniéndose la camisa, los zapatos, la pollera, a ver eso que el padre le quería mostrar. Se viste, tu prima, y sale, a mirar, como salgo yo, esta noche, a mirar, y ella ve lo que el padre le muestra: ¿ves?, le dice, acá tenés: con esto te vas a casar. Y ella ve eso, ese hombre tirado sobre un banco de estación, babeando, borracho, en el andén. Eso ve, Blanca Nieves, aquella noche, como miro yo, ahora, mis propios despojos futuros, en esta casa absurda, llena de ruidos que desconozco y que me obligan a vestirme, en la madrugada, para ir a ver eso, como tu prima, aquella noche, que ve ese despojo, esa cosa ebria tirada en la estación, y dice: igual; me caso igual. Eso se me vino, hoy, mientras bajaba las escaleras. Y me acordé de Octavio. Me pregunto si acaso yo también me casé sin mirar. Como Blanca Nieves. Tan linda, ella, y va y se casa con ese hombre imposible y termina muerta, sola, en esa casa prestada, en ruinas, llena de goteras, comiendo lo que le daban. Qué suerte que no la vieras; que ya no estuvieras, tía. Yo recibí el llamado. De un vecino. Que si podía pagar el entierro. Eso me preguntó, esa madrugada: ¿usted tendrá para el entierro? Claro, le dije. ¿Cómo no lo iba a hacer?, era tu prima y vos la querías. Fui, entonces, a firmar, a pagar, a enterrar, y éramos siete, tía, en el entierro, incluido ese vecino, un tal Cosme, que nadie conocía, y una tal Ofelia, que llegó tarde, diciendo que era amiga. Se le ocurrió al enterrador, eso: que éramos siete, advirtió. Llega el cajón, a la capilla, y sale un cura extranjero, que hablaba todo arrevesado, a recibirnos: no había modo de que pronunciara Blanca Nieves: se esforzaba mientras nosotras tratábamos de ayudarlo: le pronunciábamos el nombre, sílaba a sílaba, para que pudiera enunciarlo, y despedirla, pero no le salía, tía, hasta que ese empleado del cementerio me mira, de repente, y me pregunta, entre los balbuceos imposibles del cura: ¿Blanca Nieves?, y yo asiento, un poco turbada, sin prestarle demasiada atención, los ojos apenas concentrados en ese cura extranjero que no podía pronunciar nuestras vocales abiertas. Y después salimos, de la capilla, y había que llevar el cajón hasta la zona de sepulcros, y te juro, tía, que era todo tan precario que íbamos con miedo de que se nos desfondara el cajón: con miedo de que Blanca Nieves se nos cayera por el camino. Y después llegamos al pozo ese, donde iban a meter ese cajón de pino, y el sepulturero que había estado en la capilla no tuvo mejor idea que repetir su conteo: somos siete, dijo, y parecía que las lágrimas se le iban a saltar de los ojos. Somos siete, repitió, feliz en su hallazgo, y a mí solo me venían

unas ganas tremendas de acogotarlo porque hay que morir así, tía: en esa casa prestada y con ese cajón de pino que se nos desfondaba de mala muerte.

9.

Ayer había amanecido tranquila, te juro, tía. Había ido al comedor, a leer. Adela estaba en la cocina, hacía algo. Una sopa de verduras, creo. Yo estaba tranquila, hasta que vino esa mosca. Más que mosca, era un moscardón. Una mosca enorme, muy ruidosa. Volaba en círculos, sobre mi cabeza. Se alejaba y volvía, se alejaba y volvía. Parecía decidida a molestarme. De golpe me vi de pie, hablándole. Quería hacerla entrar en razones. Le expliqué que me estaba molestando, le pedí que se fuera, que me dejara leer en paz. Incluso caminé hasta el ventanal que daba al jardín y se lo mostré. Estaba abierto. Le dije: acá tenés, sos libre, volá. Le hablé suavemente, como le gustaba a mamá: que no nos exaltáramos. Exaltarse no es correcto, nos decía: hay que hablar dulce, para que la gente entienda. Puse mi mejor voz, tía, te juro. Pero ella no me entendía: me seguía sobrevolando, iba y venía, me pasaba raspando, y cada vez que yo me concentraba, ella aprovechaba para zumbarme con ínfulas redobladas. Me exasperé. No pude evitarlo. Me puse de pie, otra vez. Le grité. Que se fuera, ya, si no quería que la rociara con el insecticida. Pero me desafió peor. Mamá estará pensando que fueron mis gritos, que mis gritos la enfurecieron. A ella le gustaba la voz parca, calmada, eviscerada de emociones. Pero últimamente ando con poca paciencia. Igual, traté de recomponer el diálogo, de amainar la pelea. Retomé el tono compasivo: bueno, le dije, está bien, no te enojes, pero andate, tenés la ventana abierta, aprovechá. Y ella seguía desafiándome: cuanto más exaltada me veía, más se me venía encima. Me terminó ganando el enojo, tía. Espero que mamá sepa comprender. Tuve que ir a buscar el insecticida. Lo fui a buscar y se lo mostré. Que era su última oportunidad, le dije. No le importó. Entonces le tiré un poco de veneno, no mucho, porque me acordé de tus palabras: un poco es suficiente, no hace falta empaparlas para que se mueran. Pero esta mosca era inmortal, tía. El insecticida no le hacía nada. Le tiré un poco, al principio, y se puso a volar, frenética, como si estuviera ofendida, enrostrándome mi falta de comprensión. Le seguí tirando veneno, con cuidado de que no se metiera en mi café. Me costaba embocarle: tapaba el café con una mano y con la otra trataba de alcanzarla, con el rocío, pero ella continuaba, con su vuelo furioso, en un zigzagueo imposible de seguir. Al final, no me importó nada. Ni siquiera el café. Ella volaba, en círculos, a ratos en óvalos: yo era el sol y ella me orbitaba en sucesivas elipses de enojo. Sentí culpa, pero igual le dije: el que avisa no traiciona: yo te advertí y no te importó, estuve media hora pidiéndote que te fueras, y vos, haciendo como que no me escuchabas. Preferiste seguir molestando. Es muy feo que no te escuchen. Bueno, ahí tenés, ahora no me importa a mí. No me importa tu furia. Volá como quieras. Hacé surcos en el aire. Sobrevolame. Ya no me importa, solo quiero verte morir. Así le dije, tía, pero ella seguía, imperturbable, y no se terminaba de morir. Debe andar

agonizando, todavía, en el rincón del comedor. A ratos me concentraba en la lectura y pensaba que ya se había muerto. Pero no, ella revivía a cada rato. Yo escuchaba el aleteo contra el mármol del piso. Era evidente que seguía ahí. Al final, me cansé. Dejé de leer y le seguí hablando, en voz alta, como hablo últimamente, sola, contra el piso, contra las moscas, contra el mundo, y justo entra Adela, tía, y me encuentra así. Qué mala suerte, la mía. Me encuentra increpando a la mosca, por qué no te morís de una vez, y levanta el teléfono, y llama a los médicos: que estoy delirando, les dice, y enseguida aparecen cuatro enfermeras, y me atan a la cama, y me inyectan, y me dejo ir, de a poco. Pero, que sepas que no tenías razón: no basta con un poco de veneno: tardan en morir. Aunque les tires mucho, se demoran. Como yo, que me andan envenenando y resisto. Hay días que me acuerdo de vos, de mamá, de Octavio: supongo que podríamos derrumbarnos rápido, sin titubeos, una estructura que colapsa y cae, en pedazos inconexos, desentendidos de la lógica que los aglutinaba, resbalándose, unos sobre otros, hasta formar una montaña de restos enloquecidos, pura evidencia de la ruptura, del desplome, del todo vuelto partes. Podríamos derrumbarnos así: un derrumbe clásico, rápido y efectivo: un auténtico disparo. Pero no. Nos despedazamos por etapas, lentamente, en aleteos moribundos, hasta convertirnos en las piezas sueltas de un juguete irreparable.

10.

Se me dio por mirarme los pies, cuando me baño. No sé por qué lo hago, tía. Me los miro y no los reconozco. Los veo agarrotados: más pezuñas que pies. Cuando era chica agarraba cosas del piso, con los pies. Parecían manos. Mamá me decía que era un mono. No hagas así, Juana, que parecés un mono. Eso me decía. Pero yo no podía evitarlo. Mis pies eran flexibles. Me obedecían. Ahora los miro y los veo pezuñas. Debo haber dejado atrás el mono. Ahora seré cabra. Trato de ejercitar mis pies, bajo el agua: los contraigo, los obligo a doblarse, adentro, afuera, adentro, afuera. Eso trato de hacer, tía, pero no responden. Están rígidos, viejos. Por más que me ejercite, el movimiento es mínimo. Cierro, abro, cierro, abro. Nada. Muy poco. Cierro muy poco. Se abren fácil: es su posición habitual. Trato de no mirarme los pies el resto del día. Los guardo en los zapatos, para no verlos, para olvidarme de esa dureza. Me alivia pensar que son los zapatos los que me impiden seguir levantando cosas del suelo: me convenzo de que seguiría haciéndolo si tuviera los pies desnudos. Pero sé que me engaño. Sé que ahora camino sobre pezuñas, que doy pasos torpes, que me tambaleo. Y me cuido de que no se note. No quiero que Adela siga llamando a esas enfermeras de blanco, con sus caras cuadradas, tan perfectas, y esos ojos vacíos que me miran sin fondo. No quiero, tía.

11.

Tendrías que venir, ahora te toca a vos. Sacame de acá, tía. Comería una gelatina y quiero volver a casa. Tenés que empujar la silla, nada más. Sacame el suero y empujá. Las ruedas para afuera, no te vayas a equivocar. Soy el carro azul. Tenés que llevarme hasta ese pedazo de pasto. Vení, asomate que te muestro. Desde acá arriba se ve bien. ¿Ves ese rectángulo? Sí, ese rectángulo de pasto. Ahí tenemos que ir, tía. Dale, apurate que ya vienen. Cuidado con las escaleras, no te vayas a caer. Mirá bien dónde ponés los pies. Y dejá de reírte, tía, que la vas a despertar a Adela: nos van a terminar encerrando a las dos. Vamos, que es el último escalón, ya estamos cerca. Ahora tenemos que cruzar el comedor. No te vayas a asustar con la mosca. Debe andar por ahí, agonizando todavía. No la mires, no te distraigas. Doblá acá. Ahí está la puerta, ¿la ves? Eso. Un poquito más, tía. Las llaves están colgadas ahí adelante. Agarralas y abrí con cuidado. No te vayas a despintar las uñas que las tenés preciosas hoy. Dale, que ya salimos.

Mirá qué lindo está afuera, no hace nada de frío. Y mirá el cielo: no llueve, no llovizna; pura estrella y el río tan manso. Vení, subite. ¿Viste qué lindo? Sí, se parece mucho a tu velero. Hay brisa, tía, aprovechemos. Ayudame a izar las velas. Mirá qué hermosa noche nos tocó. Vamos a casa, tía. Vamos, que el río nos lleva.